

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
del 3 de abril de 1981



“EL OTRO TEPITO. CAMBIOS Y CONTINUIDADES DE UN BARRIO
ORIGINARIO DE LA CIUDAD DE MÉXICO”

TESIS

Que para obtener el grado de

MAESTRO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL.

Presenta

JAVIER ALEJANDRO BRUNO SÁNCHEZ

Director

DR. ROGER MAGAZINE NEMHAUSER

Lectores

DRA. MARIA ELENA JARQUÍN SÁNCHEZ

DR. DAVID ROBICHAUX HAYDEL

Índice

Agradecimientos.	2
Introducción. <i>Deconstruyendo</i> lo “bravo” del barrio.	4
Tepito en los estudios	13
Metodología	25
Capítulo I.- Tepito dentro de la Ciudad de México.	28
Capítulo II.- “Un pueblito encerrado en la ciudad”	35
Cambios y continuidades en el barrio	37
La fiesta de San Francisco <i>Tepiton</i>	40
Previo al 4 de octubre.	47
Tepito el 4 de octubre.	58
Parroquia de La Concepción <i>Tequipehuca</i>	65
Parroquia de Santa Ana Atenantitech.....	70
La importancia de la ubicación de Santa Ana	70
Capítulo III.- “Tepito está ahí, nada más que no se ve... Estamos secuestrados por el comercio” ...	74
Martes de Arte en Tepito	74
“Estamos en una zona antihigiénica”. Las huellas del comercio en las calles.	84
“Un perro bien educado, no es bravo.”	87
El Tepito “Antiguo”	96
La “Casa Barrio”	102
IV.- “Tepito, cabrón y frágil a la vez.”	106
Referencias bibliográficas	111

Agradecimientos.

Este trabajo, así como mis estudios de la maestría, han sido posibles gracias al financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt). De igual forma, debo agradecer a la Universidad Iberoamericana por la beca de colegiatura y porque como institución, fue el marco de innumerables transformaciones en mi vida.

Me parece primordial agradecer todo el apoyo del director de esta tesis, el Dr. Roger Magazine, ya que sin sus consejos, estímulos, y paciencia, difícilmente hubiera podido terminar el ciclo de la maestría. Desde su posición como coordinador cuando entré al semestre “propedéutico” hasta la redacción de la tesis, pasando por cada cascarita en la cancha de béisbol, toda mi gratitud.

Doy las gracias a la Dra. María Elena Jarquín Sánchez por sus atenciones al aceptar ser lectora de este texto a pesar de su enorme carga de trabajo. De igual forma al Dr. David Robichaux, quien además ha tenido mucho que ver con mi inserción en la antropología. Todo mi respeto y admiración por su calidad como académico y persona.

Agradezco a las profesoras y profesores del posgrado. La formación que recibí de ellos trasciende las aulas y los casi tres años de maestría. A la Dra. Carmen Bueno por su orientación, conocimientos, y sus enseñanzas dentro y fuera de las aulas; mi completa admiración por su trayectoria y calidez humana. Al Dr. Emiliano Zolla por su amplio repertorio de conocimientos, su mirada antropológica y, principalmente, por su trato personal. De igual forma al Dr. Alejandro Agudo por sus observaciones y consejos al inicio de la maestría; la elección de Tepito como centro de esta tesis la debo en parte a sus valiosas sugerencias.

De igual forma debo reconocer a las y los *compas* de la universidad con quienes he compartido mucho más que clases. A mi generación de Tepetlaoxtoc, compañeros de seminario, colegas de cascaritas, camaradas de Ibero Se Suma, e integrantes del *Takula* les agradezco por enriquecer mi perspectiva de la antropología y de la vida. Ha sido un honor haber compartido tantas vivencias con personas tan brillantes y capaces.

Del barrio de Tepito debo reconocer a Luis Arévalo y su inspirador trabajo por

sacar al barrio adelante y por la confianza que recibí de su parte. También a Abraham Parra por sus palabras y su forma de ver al barrio. De igual forma aprecio el tiempo que pude compartir con Catalina, Jacobo, Pablo, y Fernando. Doy las gracias a Tepito por todo lo que aprendí de mí caminando por sus calles, hablando con su gente, y porque nunca tuve problemas en su territorio.

Una mención especial merece mi familia adoptiva de San Andrés de las Peras, a quienes conocí en el verano de trabajo de campo y a quienes sigo llevando en el corazón por su enorme generosidad, cariño, y confianza. Gracias a doña Susana Espinoza y a toda su familia.

Este trabajo está dedicado a mi familia extensa: Fabiola Gómez Vignola, Carlos Ulibarri, Rodrigo Ulibarri, Carlos Cajina, y Cuitláhuac Ortiz quienes me han acompañado por este e innumerables procesos.

Dedico particularmente este trabajo a mi padre, Francisco Javier Bruno, la persona que más admiro y gracias a quien he podido sacar adelante este proyecto. A mi madre Griselda Sánchez Sánchez porque siempre ha sido un impulso para lograr nuevas metas. A mi hermana Fabiola Jazmín por su cariño y apoyo.

Introducción. *Deconstruyendo* lo “bravo” del barrio.

El presente trabajo busca aportar otra perspectiva para desmitificar al ancestral barrio de Tepito, por medio de un trabajo etnográfico relacionado a actividades que parecen ser opacadas por la delincuencia y el comercio en el lugar. El barrio –al igual que sus habitantes –ha sido etiquetado de muchas maneras. Desde luego, muy pocas de ellas lo aluden en forma positiva. Ejemplo de esto, es cuando se habla de su mote principal: “el barrio bravo”. Dicha expresión hace alusión a un aspecto ambivalente: por el lado “positivo”, se resalta la valentía de los tepiteños en el deporte (principalmente el boxeo), al defender su territorio (de la gentrificación), o por su tenacidad al trabajar; sin embargo, por otra parte, también se utiliza para referirse a un lugar peligroso, una cuna de delincuentes, o un espacio donde impera la violencia. En otras palabras, se advierte que el “barrio bravo” es un arrabal en donde, para salir bien librado, debes aparentar carencia, ir acompañado de alguien que conozca, y antes de que se ponga el sol.

La construcción del discurso que se ha elaborado alrededor del barrio, parece haber estado orientada en convertirlo en *el* lugar por excelencia cuando se habla del México popular. La carga simbólica, sin embargo, va orientada a marcarlo como un lugar de pobreza, marginalidad, y los vicios relacionados a estas (“delincuentes malhablados”, por ejemplo). Las valoraciones atribuidas a Tepito, desde los medios de comunicación, establecen en este sentido, fronteras que marcan lo “aceptable” y lo “inaceptable” (Sánchez Salas, 2006), poniendo al barrio, regularmente, como ejemplo de lo segundo. Los estereotipos y las generalizaciones elaborados en torno al “barrio

bravo”, brindan los contrastes culturales suficientes para establecer una diferencia “ellos/nosotros”, dotándolo también de la suficiente carga exótica para explorarlo con morbo. Podrían quedar para la discusión las palabras del artista tepiteño Daniel Manrique, quien aseveraba que “la realidad del mexicano es también la realidad del tepiteño, ya que México es el Tepito del mundo, y Tepito es la síntesis de lo que somos como mexicanos”.

La observación de la cotidianidad en el barrio es, entonces, un trabajo que exige desprenderse de múltiples prejuicios, del investigador hacia el barrio e, incluso, a la inversa. Caminar las calles de Tepito con miedo, o extrema cautela, es un obstáculo que impide apreciar detalles importantes. Limitarse a hacer recorridos junto a alguien que se dedica a ello, es ponerse en riesgo de sesgar la visión. Como lo veremos en el desarrollo de este trabajo, al realizar un análisis cercano del barrio, se sugiere la existencia de un Tepito *profundo*, que trasciende a los cambios espaciales y de actividad económica de sus habitantes. Por otro lado, existen quienes lucran con aspectos de esa “cultura tepiteña”, mientras otros afirman “rescatarla”.

En este sentido, esta investigación comenzó recurriendo a personajes que, para los neófitos, hacen las veces de Caronte. Estos “guías”, desde su posición como promotores culturales o cronistas, presentan para el investigador una espada de doble filo: rescatan una parte histórica de Tepito, están al tanto de innumerables textos dedicados al barrio –nacionales y extranjeros –situación que los coloca como referentes para acercarse al barrio. Sin embargo, esta situación parece haberlos conducido a la construcción de discursos muy específicos que se repiten en varios contextos (entrevistas, conferencias, cursos, etc.) como guiones.

En el caso de este trabajo de investigación, el interés por realizar una investigación sobre el barrio de Tepito, ha comenzado a partir de un diplomado de “albures finos” impartido en la Galería José María Velasco (ubicada en la calle Peralvillo) por Lucía, la “reina del albur” y Amado (cronista del barrio), en el año de 2012. La forma en la que ambos expositores planteaban la historia e identidad del barrio, llamó enormemente mi atención pues, en ese momento, tenía interés sobre la identidad de la gente en la ciudad, y el fuerte sentido de arraigo de los tepiteños con su territorio, resultó muy llamativo.

Ha sido una constante que los diplomados de albures finos se impartan los martes, de las 10 a las 12 horas, en cuatro sesiones. Siempre son gratuitos, se llegan a realizar hasta tres veces al año, y siempre se entrega, al final, un diploma avalado por el INBA (Instituto Nacional de Bellas Artes), CONACULTA (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes), además de la Galería José María Velasco. Dejando de lado sus particularidades, los tres diplomados a los que asistí estaban caracterizados por la asistencia de una mayoría de mujeres. Después de una breve presentación de los expositores –casi siempre dada por Amado –las y los asistentes comentan por qué y cómo han llegado al diplomado; podría agrupar las respuestas más comunes en dos: uno, estudiantes de alguna parte del país o del mundo que se encuentran estudiando algún aspecto de Tepito y, dos, mujeres que están hartas de no comprender los dobles sentidos y, cuando se han enterado que la campeona de albures es, justamente, otra mujer, se animan para “ir a aprender”.

A través de los años el diplomado ha evolucionado y adquirido estructura. Poco a poco se distribuyen mejor los contenidos de cada sesión, además de que el papel de

Lucía tiene más peso, pues antes tenía un papel más pasivo. La campeona alburera deja algunas “tareas” como desarrollar habilidades sensoriales (caminar descalzo, avanzar con los ojos cerrados), pues ella considera que, para alburear, es necesario estar “despierto”, es decir, atento. Como parte de este desarrollo de la atención, otra de las encomiendas es recortar noticias de periódicos o revistas en las que se perciba que existe un doble sentido. Durante el diplomado del año 2015 que asistí, había ya mercancía a la venta para los asistentes; incluyendo discos con música de Chava Flores (quien utilizaba los albures en sus letras), playeras con frases de doble sentido, o tazas grabadas. En algunas ocasiones –dependiendo de la agenda de los expositores –al finalizar la última sesión, después de la lectura de ensayos de los asistentes y la entrega de reconocimientos, se realiza un “safari” (recorrido guiado por Amado algunos puntos del barrio) para conocer el barrio. Durante el safari se visitan lugares como la iglesia de “la Conchita” (Concepción Tequipehucan), la cancha del Maracaná de Tepito, la Casa Blanca, e incluso el altar dedicado a la Santa Muerte.

Amado se convirtió, desde ese momento, en mi enlace con el barrio. A partir de entonces, asistí a otros dos diplomados de albures, además de participar en varios “safaris” (recorridos guiados por las calles del barrio), incluyendo uno organizado por Daniel Giménez Cacho (director y actor de teatro y cine) que incluía una serie de puestas en escena entre vecinos del barrio y actores. Incluso asistí a la premier de una serie televisiva titulada “Crónica de castas”, dirigida por el mismo Giménez Cacho, y la cual me ayudó a familiarizarme con algunas “personalidades” del barrio.

Sin embargo, estas experiencias no eran suficientes para lograr realizar una etnografía del barrio aunque, sin duda, me ayudaron a conocer las calles de Tepito y,

hasta cierto punto, hacer recorridos con más confianza y así poder centrar la atención en otras cosas. Poco a poco me di cuenta que andar por el territorio tepiteño con calma y tiempo, nos permite percatarnos que, detrás de los puestos semifijos –y su amplísima variedad de mercancía, del ritmo vertiginoso de sus pasillos –otrora calles, de la basura, las motonetas, diplomados de albures, y *diablitos*, existen fachadas de gran riqueza arquitectónica, templos, museos, centros de salud, escuelas, y vecindades.

De tal forma, entre más contacto tuve con el barrio, fui cambiando la perspectiva de la investigación, que al principio estaba orientada a encontrar los repertorios de resistencia de los tepiteños ante el acoso de la gentrificación (por parte de las autoridades del gobierno de la Ciudad de México y algunos empresarios orientados a explotar el Centro Histórico), ya que, durante el primer diplomado al que asistí, Amado se mostró muy crítico ante las acciones del entonces jefe de gobierno, Marcelo Ebrard. Posteriormente, conforme seguí haciendo recorridos y encontrando información de varias páginas en Facebook –en las que se difunden actividades del barrio (como “La Tranza” de Robert Galicia), fue que entré en contacto con residentes que no están concentrados en la imagen del barrio hacia el exterior, sino en actividades satisfactorias, recreativas, y de esparcimiento. Conocí a un grupo de escritores que se reúnen para compartir sus textos en un espacio llamado “El lado oscuro de Tepito”, quienes cada miércoles, alrededor de las seis de la tarde, leen, analizan, y dan sus observaciones sobre alguno de sus escritos, u otra lectura. “El lado oscuro de Tepito es su cultura, porque lo que más se ilumina, lo muestran todos los medios informativos; pero hay una parte de este barrio que está oculta: es su cultura”, dice Fernando, escritor que conocí en ese espacio.

Por medio de una página de Facebook, tuve conocimiento de un evento que se llevaría a cabo en la Plaza Martes de Arte en Tepito (ubicada en la esquina sur-poniente del cruce de Eje 1 norte y Eje 1 oriente) con motivo del quinto aniversario luctuoso de Daniel Manrique. En aquel evento, mientras un sonido tocaba cumbias y varias parejas las bailaban, me acerqué a Renata, una joven (de unos 20 años) que colabora con la Escuela de Paz Tepito, proyecto elaborado por estudiantes para dar cursos a los niños del barrio. Le pregunté sobre quién coordinaba el evento, ella respondió que no sabía si alguien en particular organizaba, pero que el responsable de aquel lugar era Don Lucio. Ella me presentó con el maestro zapatero –también importante difusor cultural –quien me describió el trabajo que realizaba en aquel lugar. “Mira, aquí tratamos de cambiar la realidad del barrio por medio de la cultura y la capacitación, porque el comercio le está poniendo en la madre al futuro de los chavos”, me dijo en nuestra primera conversación. Me comentó que él acudía a esa plaza casi diario, además de que las actividades en ese lugar eran de lunes a viernes, por lo que comencé a frecuentarlo.

Gracias a esta convivencia cotidiana, pude profundizar en otros aspectos de Tepito. El punto clave en el viraje de este trabajo fue la asistencia a la fiesta patronal del barrio, la cual está dedicada a San Francisco de Asís, en la que tuve oportunidad de observar una dinámica de convivencia parecida a la de los pueblos rurales del centro de México. Tanto los testimonios del párroco de la iglesia de “San Pancho”, como de Don Lucio, refiriéndose a que el barrio está “secuestrado por el comercio”, despertaron otra forma de ver el barrio. Gracias a estas experiencias y personajes, centré entonces la investigación a encontrar más claves sobre este “otro” Tepito del que muy poco se ha hablado. Hasta ese momento había encontrado trabajos sobre la piratería, el comercio,

el origen prehispánico del barrio, el culto a la santa muerte, el deporte, la delincuencia, el narcotráfico, los albuces, pero muy poco –o nada –sobre un Tepito “pre-comercio” que se mantuviera vivo a la mitad de la segunda década del siglo XXI.

Por otro lado, aunque en mi experiencia, he logrado estar en contacto con personas muy amables y generosas, que poco a poco se abrieron para compartir sus valiosos puntos de vista, al principio se mostraron un tanto desconfiadas por la presencia de alguien externo con tan peculiar interés sobre las actividades del barrio. Cabe mencionar que, en el caso de esta investigación, el tiempo que tomó para que los interlocutores compartieran sus perspectivas, fue de meses. A menudo me encontré con comentarios como: “mejor pregúntale a alguien que sepa más de la historia de Tepito”, “te puedo recomendar algunas tesis que hablan sobre el barrio”, o “¿y tú, a qué te dedicas, o por qué quieres saber eso?” La cuestión de los tiempos es un factor que considero importante en cuanto a los alcances de este trabajo, ya que no me fue posible encontrar vivienda en el barrio y, aunque diario durante aproximadamente siete meses visité el barrio, fue hasta los meses finales cuando logré establecer un vínculo más cercano con algunos residentes y sobrepasar el punto en que me mandaban con los “especialistas” del tema. El contexto del barrio, marcado por eventos violentos ligados al mercado negro, hizo muy complicado el poder hacer preguntas sobre la vida cotidiana. El constante acoso de reporteros y policías infiltrados, causó desconfianza de mi presencia en varios momentos.

Incluso una excompañera de la facultad (a quien conozco desde hace más de diez años), cuando le pregunté sobre la posibilidad de encontrar un lugar dónde vivir en el barrio, me respondió: “¿Para qué? ¿Qué quieres estudiar?” Después de explicarle el

interés por el barrio, me confió: “el *pex*, es que son bien desconfiados”. Es complicado acceder a cierta información del barrio debido a la diversidad de actividades y el ritmo que se vive en el día, mientras que, por la noche cuando son los residentes del barrio quienes salen a convivir y ocupar las calles, es difícil –sobre todo al principio- que se comparta cierta información por seguridad. La principal desconfianza es por temor a represalias por parte de los líderes que detentan los espacios de comercio en la calle, de las autoridades locales, o del crimen organizado. Incluso, no se debe desestimar el peso de los chismes, ya que, si bien hablamos de un barrio en pleno centro de la ciudad de México, éste continúa teniendo dinámicas de una comunidad con redes de parentesco fuertes y cerradas.

Sin duda, el desmarcarse de la idea de que Tepito es una zona en la que uno se juega la integridad física es, a mi parecer, el principal obstáculo para desarrollar un análisis serio y a profundidad del barrio. En este sentido, existen varios aspectos a considerar: en primer lugar, la inseguridad que se vive en Tepito no es una leyenda, esto lo puede confirmar la gente que ahí reside y debe lidiar con esa situación a diario. No por nada es común escuchar que se diga “no todo es malo en Tepito”, la gente tiene bien ubicados quiénes son los individuos –inclusive, familias o vecindades enteras –que se dedican a actividades delictivas. En segundo término, el barrio pareciera tener características de un gueto, lo cual envía a este espacio en una atmósfera en la que, en ocasiones, impera la ley del más fuerte. No es raro escuchar anécdotas en las que se narra cómo alguien “se *chingó*” a otro (ya sea porque lo haya asaltado, golpeado, le ganara en un juego, o incluso le hubiera asesinado), haciéndolo en un tono que implica una superioridad de quien fue más hábil. En tercer lugar, a mi parecer, esta imagen que

ha crecido en la conciencia colectiva del habitante de la ciudad de México (y quizá del país entero), sobre un barrio en el que encuentras mercancía de todo tipo (legal o ilegal), drogas, armas, gente malhablada, gente violenta, no le incomoda tanto al tepiteño cuando se trata de alejar a gente externa de su territorio. A mi parecer, la mezcla de estos factores hace del barrio un lugar en que se debe andar muy atento, más no con miedo. El tránsito de miles de personas a diario por sus calles, ha vuelto a los tepiteños muy perceptivos, por lo que ellos reconocen, con relativa facilidad, cuando alguien no es de ahí, así como sus intenciones. A diferencia de otros barrios “peligrosos”, Tepito recibe a distintos tipos de visitantes, no sólo a quien se acerca por las actividades comerciales (legales o ilegales), sino también a quienes desean conocer más sobre ese México profundo.

Ante tal panorama, la etnografía de este trabajo apunta a la existencia de un Tepito que está más allá de los puestos de comercio semiambulante y la nota roja. Una dimensión intangible del barrio que parece escapar a la máxima que afirma que, en este barrio, “todo se vende”. Al respecto de este *otro* Tepito, en el capítulo titulado “Un pueblito encerrado en la ciudad”, los datos etnográficos sugieren la existencia de determinados espacios –específicamente las fiestas patronales –en los que es posible observar a la comunidad tepiteña conviviendo “como se hacía antes”, circunstancia que parece trascender cualquier orden cronológico lineal. De tal manera, la celebración dedicada a San Francisco de Asís –o San Pancho, como se le llama de cariño –refleja los estrechos lazos de identidad que mantienen sus habitantes, con su territorio, su historia, y entre ellos mismos.

En la tercera parte de este texto, la investigación también arrojó datos sobre

movimientos orientados al “rescate” de esos valores “de antes” del barrio, por medio de la cultura. Aunque la mayoría de los involucrados en reivindicar a Tepito son jóvenes, el papel de mi principal interlocutor, Don Lucio, toma una figura central, tanto por su personalidad y liderazgo, como por la estrecha relación que mantuvo con los fundadores del movimiento político-artístico Tepito Arte Aquí. La postura contestataria de estos colectivos de difusión cultural, pretende no sólo evidenciar al *otro* Tepito como estrategia para revertir la imagen negativa que se tiene sobre este territorio, sino también para dirigir al barrio “actual” hacia un estado pre-tianguis, pre-fayuca, y pre-mercado negro. De esta forma, los esfuerzos por reactivar los oficios que caracterizaron al barrio a mediados del siglo XX, son al a vez una apuesta por el pasado y el futuro.

Tepito en los estudios

Como hemos mencionado, Tepito es un laboratorio y una arena que brinda un sinnúmero de temas sobre los cuales elaborar estudios desde las ciencias sociales. De tal forma, este trabajo se une a una amplia lista de trabajos dedicados a analizar al barrio, al México urbano en general, y las formas sociales actuales de apropiación de la ciudad.

No cabe duda, que, en primer lugar, y para entender la parte “profunda” de Tepito, es necesario dirigirse a bibliografía dedicada a la trayectoria diacrónica del barrio. Para entender cómo es que este “pueblito” –ahora barrio –quedó “encerrado en la ciudad” (como sugiriera el párroco de la iglesia de San Francisco de Asís), resulta conveniente acercarse a trabajos como el de Caso (1978) y Escareño (2013). En particular, este último se sumerge en tiempos prehispánicos para elaborar un relato

sobre los espacios que conformaban el lugar que ocupa el actual barrio de Tepito. El autor tepiteño no sólo nos presenta el panorama de los asentamientos ubicados entre Tlatelolco y la gran Tenochtitlan, sino que nos presenta descripciones sobre los tres barrios que, en la actualidad, se consideran como el territorio tepiteño: Santa Ana *Atenantitech*, La Concepción *Tequipeuhcan*, y San Francisco (antes San Antonio) *Tepiton*. La expansión de los tlatelolcas, por medio de chinampas, dio origen a los asentamientos orientales en el territorio que hoy en día ocupa Tepito. Por otro lado, debido a su ubicación fronteriza entre Tlatelolco y Tenochtitlan, la región fue ocupada por comerciantes, *tamemes* (cargadores del mercado de Tlatelolco), y artesanos, situación a la que se alude a menudo para referirse a que la tradición comercial del barrio data de siglos.

Debido a que, durante la conquista, los mencionados barrios quedaron fuera de la traza de la ciudad de México, parecen también haber quedado “extramuros” de la literatura referente a esos años. Es hasta que llega el desarrollo industrial, impulsado por el porfiriato, que retoma importancia la colonia Violante (actual Tepito). En la víspera del siglo XX, con la construcción del ferrocarril, especialmente la estación Cintura (que da hoy en día el nombre al eje 1 poniente “Ferrocarril de Cintura”), y otras obras de infraestructura en la zona norte de la ciudad (como la penitenciaría), se fundan las colonias Valle Gómez, Maza, Morelos, Díaz de León, y de la Bolsa, que ocupaban el territorio que actualmente es del barrio. Dichas colonias se caracterizaban por la falta de servicios y la pobreza de su población, convirtiéndose en una zona de marginación, en la periferia de la ciudad. Esta situación es mencionada la mayoría de los autores que estudian al barrio para realizar una breve semblanza sobre el barrio, pero es analizada

a profundidad por Grisales (2003), Arregui (1982), y Cameo (1984).

Durante la primera mitad del siglo XX, los grandes terrenos utilizados para caballerizas y hosterías, comenzarían a ser utilizadas para albergar a la creciente población de la ciudad, especialmente migrantes de otras partes del país después del proceso revolucionario. Esta situación acentuó “el fenómeno de segregación de la población en barrios de acuerdo a sus ingresos”, para Arregui (1982), situación que convirtió a Tepito en “foco de asimilación de los niveles bajos de la población urbana y de los migrantes rurales”. Por otro lado, para Rosales (1991):

En este periodo ocurre la ‘refundación’ de Tepito, éste es el tiempo base de su leyenda actual, éste es el momento en el que se funde la multiplicidad plural de los sectores populares en una nueva identidad colectiva en lugares localizados en la ciudad: indígenas despojados, migrantes, aventureros, prostitutas, maleantes, pícaros, vagos, artesanos, obreros, maestros, boticarios, y tenderos contribuyen involuntariamente, a la construcción del imaginario barrial, conformado por leyendas, mitos, anécdotas, formas de trabajo, recreación, comunicación, usos del espacio y ordenación del tiempo.

En el año 1942, la medida de congelar rentas propició que los propietarios de los edificios descuidaran los inmuebles, por lo que el deterioro de las vecindades, que albergaban a la mayor cantidad de gente, comenzó a evidenciarse. Después los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el aumento de población inmigrante en el barrio era notable; no así la mejora en la calidad de los servicios. A Tepito se le incluyó, entonces, dentro de la “Herradura de tugurios”, como parte de una zona marginal del Distrito Federal, donde imperaba la pobreza.

Para analizar este periodo de la historia de Tepito, existen trabajos que nos ayudan a elaborar una imagen del contexto del barrio. Por ejemplo, Reyes y Rosas (1993) en su trabajo sobre vivienda, nos dan un panorama sobre la configuración espacial del barrio a mediados del siglo XX, momento en el que el comercio de mercancías de segunda mano comenzó a afianzarse en el barrio:

(...) aunque no existía propiamente un mercado; se trata de pequeños puestos colocados sobre las calles empedradas y lodazales. Podían encontrarse comestibles en la Plaza de Fray Bartolomé de las Casas, fierros en las calles de Tenochtitlan y Aztecas y otros productos en Caridad. Así mismo entre la una y las cinco de la tarde, llegaban al barrio los *ayateros* o cambiadores, quienes se ponían sobre la calle de Toltecas, ofreciendo sus mercancías a precios muy bajos, por lo que al mercado de ayateros se le conocía como el baratillo.

El 14 de octubre de 1957 se inauguraron los mercados 14, 23, 36, y 60 de Tepito. Obras arquitectónicas diseñadas por el célebre Pedro Ramírez Vázquez. Bajo la gestión de Adolfo Ruiz Cortines y Ernesto P. Uruchurtu, presidente y regente respectivamente, con lo cual se prohibió el comercio ambulante en las calles del barrio. Sin embargo, según Reyes y Rosas, los espacios no fueron suficientes, lo que provocó el regreso a las calles de los comerciantes.

Por otro lado, el trabajo artesanal de los talleres en Tepito, se basaba principalmente en la fuerza de trabajo familiar, que se capacitaba en el mismo taller, es decir, dentro del mismo grupo doméstico. Las bajas rentas de los espacios en los que se encontraban los talleres (los “cuartos redondos”), la cantidad de artesanos que abastecían de los insumos necesarios para la producción y reparación de calzado, así

como la proximidad con el primer cuadro del centro histórico, impulsó a Tepito y su producción orientada al consumo popular (Jarquín, 1994).

Es Oscar Lewis (1959; 1975), quien pone el dedo en la llaga al mostrarnos su visión sobre la “cultura de la pobreza”. Es discutible, pero quizá ningún otro investigador ha encontrado tanta difusión de su etnografía, y sus teorías encontrado tanto eco entre académicos y a nivel popular cuando se habla de estudios urbanos. Los trabajos de Lewis resaltaron, en el mapa de la academia, la vida dentro de Tepito como emblemático barrio marginal de sueños frustrados. La desmitificación del papel cómodo y pasivo de los pobres, logró generar un modelo explicativo aterrizado y más cercano a la condición de este sector de olvidados –como los nombraría Buñuel –y establecer bases teóricas y metodológicas para la antropología de la ciudad sin necesidad de buscar sus vínculos o continuidades con el campo.

Por otra parte, su texto “Los hijos de Sánchez” (1961) causó –y sigue causando – mucho escozor fuera y dentro del barrio (según me comentaron un par de personas, la obra sólo trajo problemas a la familia en la que se inspiró). En dicho texto, se narra la cotidianidad de una familia dentro de la “Casa blanca”, vecindad emblemática del barrio. Las vecindades se ubicaron como el único tipo de habitación que pudo coexistir alojando altas densidades de población sin requerir una provisión extra de servicios. De forma general, las vecindades estaban compuestas por una sola toma de agua para todos los residentes, un solo baño, y unos cuantos lavaderos (Lewis, 1959). Poco a poco, y a pesar de los diferentes orígenes de sus residentes, las vecindades comenzaron a adquirir características propias de una pequeña comunidad. Lazos entre familia

extendida que eran bastante fuertes, especialmente entre las mujeres (Lewis, 1975). Debido a la convivencia y la proximidad en los espacios comunes, se construyeron dinámicas de reciprocidad dentro de las vecindades y se fortaleció el sentido de comunidad. Las dinámicas vivienda-taller-comercio, patio-calle-consumo, comenzaron a moldear el tejido social de Tepito y, por lo tanto, la vida en el barrio, la cual fue

(...) considerada como marginal a partir de la precariedad material, psicológica y cultural, donde los bajos niveles de escolaridad generan bajos ingresos, a su vez que se vivía en condiciones de hacinamiento, con pocas aspiraciones y respuestas violentas, dentro de relaciones de amor-odio, todas características que fatalmente se reprodujeron en cada generación. La familia Sánchez sirve como prototipo para acuñar el concepto de 'cultura de pobreza', que se generaliza a los habitantes del barrio (Jarquín, 1994).

Los trabajos de Lewis han brindado, para la elaboración de esta investigación, luz sobre las formas de ver el mundo de una zona históricamente marginada de la ciudad. La violencia del día a día permanece, aunque se haya moldeado como lo han hecho los espacios físicos y simbólicos de Tepito. Sin embargo, me parece que Lewis no deja de representar un punto de vista etnocéntrico, con parámetros norteamericanos y tendencia a la generalización y, hasta cierto punto, determinismo. Podríamos contrargumentar al proceso de perpetuación de la "cultura de la pobreza", con la parte final de este documento, en la que se plantea que existen diversos esfuerzos de tepiteños por comprometerse con la vida política de la comunidad, el cual es un ejemplo de varios que existen.

Por otro lado, Murrieta y Graf (1988), se enfocan en analizar el papel del espacio y las relaciones entre las formas de producción y las redes de parentesco, las cuales han ido moldeando la “cultura” e identidad tepiteñas. La lucha por el espacio en Tepito ha estado, de tal forma, estrechamente ligada a la economía familiar. Especialmente durante los años setenta, los planes de desarrollo urbano enfocados a la transformación de la ciudad, impactaron directamente al barrio. Ambos autores establecen que el llamado “Plan Tepito”, que se proponía efectuar distintos cambios estructurales, como modificar la vivienda (de vecindades dar paso a unidades habitacionales), encontró inmediatamente resistencia por parte de residentes, sin embargo, sentaría las bases de una serie de transformaciones a las que se vería sometido el barrio.

Además de Murrieta y Graf (1988), también Reyes (1984; 1993) plantea que en este punto del siglo XX, Tepito se vio sometido a tres factores fundamentales para su trayectoria: las transformaciones espaciales, la autorización a los vendedores ambulantes para ocupar las calles, y el auge de la *fayuca* (mercancía importada de manera ilegal de Estados Unidos). De igual forma, la gradual disminución de vecindades dentro del territorio barrial, afectó notablemente las actividades sociales y económicas de los tepiteños.

De tal manera, la década de los ochenta es fundamental, debido a las transformaciones que ocasionaron los sismos de septiembre de 1985; si bien los planes de modificación espacial del barrio –y de toda la ciudad –ya habían sido planteados durante los setenta, fue la emergencia de los sismos la que provocó la aceleración del proceso, liberándose, colateralmente, de la oposición a que se levantaran nuevas construcciones. Como lo plantea Grisales (2003), la transformación de la vivienda, a

partir de entonces orientada a satisfacer el crecimiento de la ciudad, se basó, entonces en espacios de vivienda más pequeños y la eliminación de áreas comunes. Esta nueva disposición del espacio fue diluyendo el papel de los oficios en el barrio (ya no había espacios para talleres, a menos que se rentaran) lo cual, si se suma a la llamada “bonanza fayuquera”, constituye una explicación lógica para una transformación casi radical en el contexto del barrio:

La imagen de bonanza y prosperidad proyectada por los comerciantes dedicados a este negocio (la fayuca), se convirtió en modelo a emular por muchos de los jóvenes de aquellas décadas, quienes vieron que el negocio de la fayuca no generaba riqueza a tan sólo unos cuantos, sino que estaba ampliamente abierta para cualquiera (Grisales, 2003: 92-93).

Sin embargo, casi una década después, la entrada en vigor del TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) y la devaluación del peso, terminarían con el auge económico de la fayuca. El golpe fue más duro para algunos comerciantes tepiteños que para otros, hubo incluso quien “lo perdió todo”. Sin embargo, otros decidieron adaptarse y diversificar su mercancía, incluso incorporando drogas y piratería, especialmente a finales de los noventa, situación que ha crecido, descontroladamente, hasta mediados de la segunda década del siglo XXI.

Además de la bibliografía referente a la historia de Tepito, es importante considerar, debido a los temas que trata este trabajo, textos relacionados con investigaciones realizadas en el barrio en torno al culto de la Santa Muerte. En general, los textos abordan el fenómeno de la llamada “Niña blanca” desde una perspectiva que parece considerar a Tepito como barrio bravo, es decir, un lugar donde la vida es dura

y en donde sus residentes luchan por la sobrevivencia a diario.

Existen posturas que plantean la posibilidad de que este culto va de la mano con un tipo de “narcocultura”. Campbell (2015), por ejemplo, asevera que las fuerzas militares de Estados Unidos lo llaman “un culto a la muerte en busca de consuelo”, por otro lado Roush (2014) considera que el contexto de crisis hace entendible el aumento en el número de devotos. Amezcua (2010) se plantea la situación, aparentemente contradictoria, de pedir protección a la Muerte para evitar la muerte. Por otra parte, Kristensen (2010), así como de la Fuente (2013), gracias al enfoque que desarrollan en sus investigaciones, logran identificar la forma en la que el culto llega a convertir a las imágenes de la Santa Muerte en una suerte de miembros femeninos de la familia, a los que se viste, arregla, y se le habla con cariño.

Por otro lado vale la pena incluir los trabajos enfocados en proponer el papel de las artes o “lo cultural” como un acto subversivo. En primer lugar podemos considerar el trabajo que realiza Ríos (2004) al analizar las obras literarias *Crónica de los chorrocientos mil días del barrio de Tepito* (1972) y *Tepito* (1983), del autor originario del barrio, Armando Ramírez. Para la autora, Ramírez ha logrado hacerse de un lugar entre los escritores mexicanos, a pesar del rechazo de la “élite literaria”, escribiendo historias basadas en la marginalidad. Por otro lado, Folgarait (1986) analiza la coyuntura de los años setenta, en la que, como ya mencionamos, el barrio estuvo sometido a una serie de intervenciones por parte de la administración local; en particular, el autor recupera el papel del movimiento artístico Tepito Arte Aquí en su oposición al Plan Tepito, y su propuesta de ocupar espacios públicos como estrategia de resistencia, vinculando a estos con lo privado por medio de murales. El poder

simbólico de dichas obras ha dotado de vida y valor a las paredes en que están plasmadas. “Su sobrevivencia significa también la sobrevivencia de los muros, los edificios, *el ñero*, y toda la cultura de Tepito”¹, propone Folgarait (1986: 71). Las mencionadas perspectivas son muy importantes tomando en cuenta el capítulo de este trabajo referente a los proyectos “culturales” de Don Lucio, quien ha tomado la estafeta del activismo de su fallecido amigo Daniel Manrique, uno de los líderes de Arte Acá.

Debido a la orientación de este trabajo, se vuelve necesario también revisar textos que abordan temas relacionados a las espacialidades y formación de nuevas comunidades urbanas más allá de Tepito. Nociones como la de “guetificación” (traducción de *ghettofication*) (Aghabeik, 2015) ayudan a entender aspectos de la situación socio-espacial de Tepito al que, como veremos en el tercer capítulo de este trabajo, hace referencia Don Lucio. Aghabeik emplea dicho concepto cuando existe

un barrio con baja integración espacial en la red de sus calles y un reducido grado de inter-visibilidad entre puertas y entradas, lo que provoca segregación social. Esto ocurre no sólo entre distintos grupos étnicos, sino también entre la división de géneros y edades de los ocupantes del área (2015: 16).

Sobre las mecánicas urbanas de reestructuración que han derivado en desplazamientos y segregaciones socio-espaciales, me apoyo en Sabatini (2013: 236-237) quien, en particular, considera:

(...) lo que los datos empíricos evidencian es que la segregación de gran escala gatilla

¹ “Their survival means also the survival of the walls, the buildings, *el ñero*, and the entire culture of Tepito”, traducción propia.

procesos sociales que pueden terminar en la *guetización* de los barrios (...) cualquier intervención que tenga como propósito recuperar estos barrios debe considerar la intervención material solo como uno de sus componentes, ya que el deterioro físico de los barrios parece ser mayoritariamente una consecuencia de los procesos sociales que ellos anidan.

En cuanto a textos que brindan herramientas para analizar los repertorios de resistencia ante las políticas contemporáneas de dominación, podemos utilizar a Caldeira (2007) y Holston (2008), quienes aportan formas valiosas para estudiar las lógicas de segregación y los tipos de ciudadanía que estas producen. En el caso de Tepito y las formas históricas de marginación a las que ha sido sometido, han devuelto un tipo de ciudadanía “artesanal”, como lo han planteado los fundadores del Arte Aquí y quienes han seguido por esa línea desde la literatura o las artes plásticas. Los citados autores, desde el caso de Brasil, exponen escenarios en que la violencia toma un papel esencial en las motivaciones de los individuos que se movilizan –y politizan –en defensa de lo que consideran como propio. Desde esta posición podemos entender el papel de gente como Don Lucio quien se mueve para “resistir” el avance caótico del comercio.

A nivel local, de entre los aportes sobre las dinámicas de marginación en la Ciudad de México, podemos nombrar el trabajo de Lomnitz (1989), quien se detiene a observar la importancia de las redes de intercambio y la reciprocidad como herramientas de sobrevivencia en “barriadas”. Las dinámicas que la autora observa nos ayudan a entender mejor los motivos de la inmigración al barrio de Tepito durante el siglo pasado, y cómo fue que las vecindades se establecieron como unidades de cooperación por redes de parentesco. Por otra parte, es valioso que se oponga al

determinismo de la “cultura de la pobreza”, cuestionando si la condición de los marginados es “una causa en sí misma: el pobre no puede salir de la pobreza porque su cultura se lo impide” (Lomnitz, 1989: 24). Por otra parte, la autora plantea que, para lograr la sobrevivencia, estos marginados del sistema hegemónico forman redes de reciprocidad, confianza, e igualdad lo cual nos podría brindar herramientas de análisis del segundo capítulo de este trabajo, “Un pueblito encerrado en la ciudad”, el cual se centra en las fiestas patronales. Aunque los datos etnográficos son insuficientes para asegurarlo, estas podrían ser parte de un repertorio de sobrevivencia del *otro* Tepito.

El caso de la segregación a la que ha sido sometido Tepito, es muy particular, debido a que no se encuentra en las periferias, sino en el centro mismo de la ciudad, al respecto, Leal (2011) se ha enfocado en las transformaciones que han modificado el espacio de la ciudad, en particular del Centro Histórico, así como en las violencias simbólicas y materiales que ha originado la gentrificación. Éste último concepto, se refiere a la “transformación urbana en la que la población original de un barrio deteriorado y pobre es progresivamente desplazada por otra de un mayor nivel adquisitivo a la vez que se renueva” (Sassen, 2015). El proyecto de gentrificación de empresarios y administración local es un aspecto que provoca una amplia y rápida respuesta en el barrio de Tepito, especialmente del sector comercial, ante el temor de ser desplazados.

En este sentido, el presente trabajo se ha propuesto conocer las dinámicas sociales y culturales del ancestral barrio de Tepito. Dicho espacio destaca por sus panoramas de segregación, desigualdad, contradicciones, y violencias, en el centro mismo de una ciudad que, por otro lado, promete igualdad, inclusión, y tolerancia. De

tal forma, los objetivos de esta investigación, están orientados a contribuir, por medio del trabajo etnográfico, a brindar nuevas perspectivas sobre Tepito| con el fin de observar más allá de los discursos que lo colocan como un lugar donde todo gira alrededor del comercio y en el que prevalece el delito. Este texto aspira, entonces, a aportar sobre la desmitificación de este emblemático barrio, señalando el impacto que algunos cambios y continuidades, tienen sobre el mismo y la vida de sus residentes. Las aparentes contradicciones de Tepito permiten profundizar en la discusión metodológica y conceptual sobre el contexto actual de la ciudad –y el país – caracterizado por la corrupción, desigualdades, y violencias que, si bien han transformado el panorama social, no han modificado partes más profundas de la tradición, el arraigo y la identidad.

Metodología

La parte más importante que forma esta investigación es la observación participante; el trabajo etnográfico es, definitivamente, lo que más peso tiene en este escrito. En cuanto al periodo en campo, si bien los primeros recorridos realizados en el territorio de Tepito fueron en 2012, estos seguían, casi siempre una ruta determinada, y aún no tenían enfoque antropológico (mis estudios de maestría comenzaron en otoño de 2013). Fue a partir del verano de 2015 que comencé el estudio a profundidad, teniendo como base la Plaza Martes de Arte.

Gracias a la cercanía y las entrevistas informales que sostuve con Don Lucio, pude conocer a varias personas más del barrio. De igual forma, logré sostener

conversaciones con hombres y mujeres de distintas edades, aunque, en su mayoría, entraban en el rango de edad de 40 a 65 años. Gracias a la variedad de actividades que se desarrollan en Martes de Arte, también la amplitud de personas que pude conocer fue importante. Pude conocer a comerciantes, artesanos, obreros, artistas, jubilados, voluntarios, bailarines...

El día óptimo para poder observar la interacción y la forma de relacionarse de los vecinos del barrio, es el martes, esto debido a que es el día de descanso de los comerciantes, y el número de las personas externas disminuye evidentemente. Durante este día, además, se organizan eventos sociales (fiestas de ciclo de vida, bailes, cursos) durante los cuales se puede tener un mejor entendimiento de la forma en la que se relacionan y los significados de sus prácticas. En particular, Martes de Arte (la plaza) sirve como foro en el que se realiza un baile, entre 7 y 10 de la noche, aproximadamente, donde se dan cita hasta alrededor de 300 personas.

Durante el desarrollo del trabajo de campo, mis conversaciones estuvieron orientadas a preguntar sobre la cotidianidad de mis interlocutores: saber a dónde acudían a comprar su comida, cuál era su actividad económica, cuáles eran sus actividades recreativas, qué es lo que pensaban del comercio, y cuál era su participación en las fiestas patronales y otras celebraciones religiosas. Cabe mencionar que temas como las mercancías ilegales, el narcotráfico, o la forma en la que se renta el espacio público para los puestos semifijos, fueron temas incómodos para las personas y provocaba desconfianza casi inmediata. En algunos casos, fue hasta después de meses que algunas personas me compartieron su forma de pensar sobre estos y otros temas difíciles, situación entendible dadas las características de Tepito, el cual está

constantemente sometido al acoso de la policía y reporteros. La desconfianza es más una regla que una excepción.

Ante este panorama, me parece valioso apuntar lo útil que me resultó hacer una lista de contactos y páginas en Facebook, con contenido referente al barrio. Esto ha sido de invaluable ayuda cuando se trató de encontrar información determinada, o conocer una gama más variada de eventos, fotografías, intereses de la comunidad, y puntos de vista más diversos. En pocas palabras, resultó muy conveniente complementar la investigación de campo con una netnografía.

Un aspecto particular, aunque ya hemos tocado el tema, es el de la seguridad. Si bien nunca me percaté de haber corrido peligro en ningún momento que estuve en el barrio, también es cierto que los mismos vecinos evitan salir a ciertas horas de la noche o caminar por calles mal iluminadas. Incluso durante el día, es necesario tener mucha atención, pues el ritmo de ciertas calles, particularmente las que están al centro del barrio, tienen constante movimiento de personas.

Capítulo I.- Tepito dentro de la Ciudad de México.

El origen del nombre de Tepito parece tener sus raíces en el periodo prehispánico. Según el *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, *tepiton* o *tepito*, es un vocablo que hace referencia a algo pequeño. Según Aréchiga (2003), durante los primeros años de la Conquista, existía un pequeño templo al que los habitantes llamaban *teocal-tepiton* (*teocalli*, templo; *tepiton*, pequeño), al cual los europeos terminaron por llamar “tepito”.

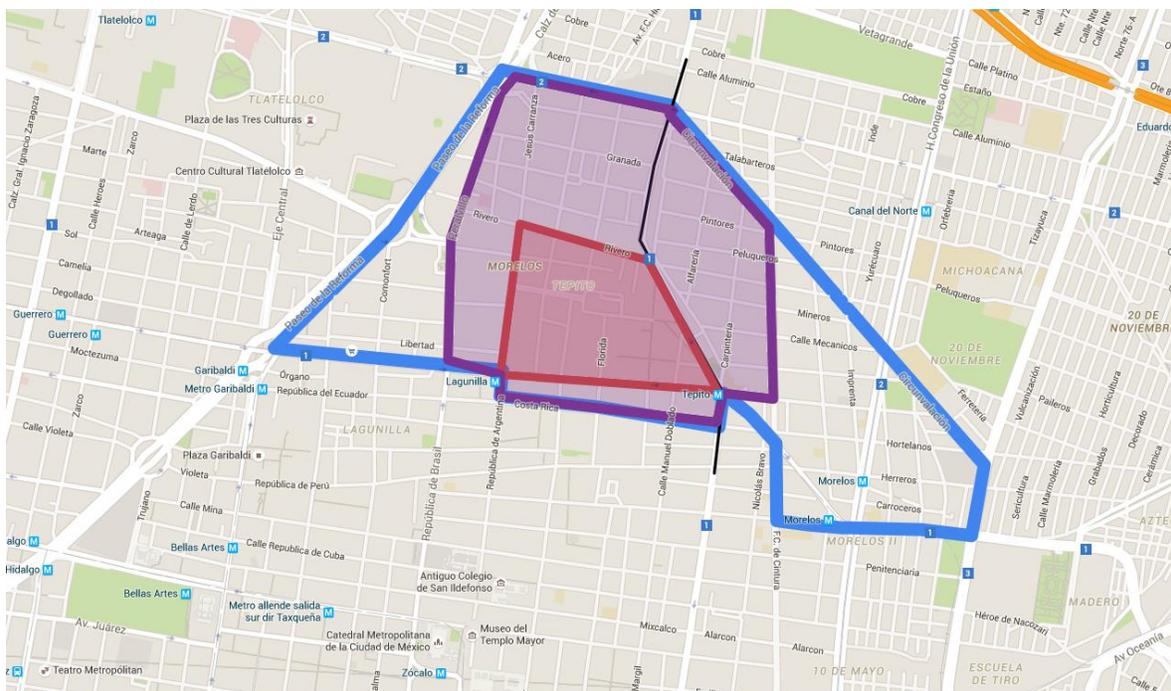
Existen varios planos, como lo menciona elaboradamente Escareño (2013), en los que aparece una iglesia, al este del templo de Santa Ana, con el nombre de San Antonio Tepito o San Francisco Tepito. Esto parece ser una forma de diferenciar al templo que se encuentra al centro del barrio con otro conocido como San Francisco “el Grande”, ubicado a unas calles de distancia. Al momento de escribir este trabajo, aún no encontré fuentes que expliquen el cambio de patrón de San Antonio a San Francisco².

Existen otras posturas como la de Romero (1990), quien propone que al territorio que hoy ocupa el barrio, se le conocía como *tepitin* o *tepitóyotl*, que significa lugar pequeño al lado del mercado de Tlaltelolco. Haciendo referencia también, a un pequeño mercado de artículos de segunda mano en el lugar. Por otra parte, Rosales (1987) sostiene que a los habitantes del barrio de la Concepción Tequipeuhcan se les conocía como “tequipeños”, vocablo que con el paso del tiempo, quedaría como “tepiteños”.

Otra situación confusa, que es importante establecer desde este punto, es el

² Cabría mencionar que, San Antonio de Padua, pertenecía a la orden de los franciscanos. Quizá alguna relación tenga esto con el cambio.

territorio del barrio. Incluso entre los vecinos existen varias versiones de los límites de Tepito. Por un lado, por lo tanto, estableceremos la limitación política de la colonia Morelos, ya que se ha llegado a considerar toda como si fuera el barrio. En primer lugar, cabe mencionar que la colonia está partida, casi por la mitad, por la división que representa el Eje 1 Oriente Avenida del Trabajo entre las delegaciones Cuauhtémoc (poniente) y Venustiano Carranza (oriente). De tal forma, la colonia Morelos queda delimitada: al oeste por la avenida Reforma; al sur por Eje 1 Norte Héroes de Granaditas, una parte de Av. Del Trabajo, Ferrocarril de Cintura, Albañiles; al este por Eduardo Molina y Circunvalación; al norte por Eje 2 Norte Avenida Canal del Norte.



Mapa del territorio de Tepito. El polígono exterior es del perímetro de la colonia Morelos, el siguiente es el territorio considerado para implantar el Plan Tepito. El que se encuentra más al centro es el que los residentes –de varias generaciones –consideran como “el corazón” del barrio.

Por otro lado, podemos ubicar el “área de influencia” de Tepito, con un perímetro que

está limitado: al poniente por la calle Peralvillo; al sur por un tramo de Granaditas, Costa Rica hasta Vidal Alcocer, de nuevo Granaditas hasta Ferrocarril de Cintura; al oriente Ferrocarril de Cintura y Circunvalación; al norte Avenida Canal del Norte.

Finalmente, el territorio considerado como “corazón de Tepito”, se encuentra delimitado por las calles: Jesús Carranza, al oeste; Costa Rica, al sur; Av. Del Trabajo al este; y Rivero, al norte.

Para hablar sobre la actualidad del barrio, es conveniente situarlo dentro de la Ciudad de México, la cual se nos presenta como un lugar en perpetuo movimiento, una megalópolis que no descansa. Lo que vivimos hoy, es el resultado de un crecimiento carente de planeación que comenzó durante los últimos años del siglo XIX y que, no sólo no se ha detenido, sino que se acelera al ritmo que marca la especulación inmobiliaria y los intereses de la élite que detenta el poder.

En cuanto a la formación de comunidad, paulatinamente han desaparecido los barrios tradicionales de la Ciudad de México, especialmente, los ubicados en el centro de la misma. Dichas transformaciones han ocasionado que

la Ciudad de México se haya expandido, fragmentado y, al mismo tiempo, multiplicado por sí misma. Ella no constituye ya un lugar de identidad, ni relacional, ni histórico. La capital del país es, ahora, un mundo prometido a lo individual, lo provisional, lo efímero (Waldman, 1998: 91).

La decadencia del Estado-nación, estrechamente vinculada a los tiempos del sistema capitalista, es para bien y para mal, un proceso que nos guía a tener una conciencia global, pero que tiende a la homogeneización a través de procesos económicos,

tecnológicos, y culturales. En este sentido, existe un proceso de ruptura con las identidades asociadas al territorio y, considerando el enfoque local de este ensayo, a la identidad barrial. “La reordenación del espacio urbano se ha traducido en una nueva geografía en la cual los habitantes de la megaurbe ya no se reconocen en ella. Las calles ya no son espacios comunales, sino espacios de apropiación excluyentes” (Waldman, 1998: 91).

En el caso particular de Tepito, estudiar la trayectoria de su distribución espacial es fundamental para entender las dinámicas socioeconómicas actuales. Como hemos revisado en párrafos anteriores, el decenio que abarcó los años de 1985 a 1995, marcó indeleblemente al barrio: Por un lado, se dio la reconfiguración espacial de la vivienda después de los sismos; por otra parte, llegó el fin de la “bonanza fayuquera” de la mano de la entrada de México en el TLCAN, ante dicha situación, los consumidores podían encontrar los mismos productos, a un menor precio, en locales establecidos (es decir, con garantía), y con seguridad; finalmente, las familias vinculadas al trabajo de producción o reparación en talleres (hojalatería, calzado, carpintería) perdieron clientela al enfrentarse a mercancías producidas en Asia, ya que era más barato sustituirlas que arreglarlas. Ante este nuevo panorama, un gran número de residentes optó por comerciar mercancía ilegal.

En 1997, se realizaron las primeras elecciones para nombrar a un Jefe de Gobierno de la capital, mismas en las que el Partido de la Revolución Democrática resultó como la principal fuerza política. Entre 1997 y 2000, la Jefa Delegacional Dolores Padierna comenzó a operar para que se desarrollara una plaza comercial en el espacio ocupado por el deportivo Tepito, en el corazón del barrio. De acuerdo con

Amado (citado cronista del barrio), el interés del grupo de Padierna era controlar los ingresos provenientes de los estacionamientos, razón por la cual, los líderes de los comerciantes se negaron a permitir la realización del proyecto.

Durante 2000 y 2001, se llevaron a cabo grandes decomisos de mercancía robada y de contrabando, ante los cuales se suscitaron violentos enfrentamientos que reavivaron la idea de que se trataba de un barrio de delincuentes (Sánchez Salas, 2006). Dentro de este contexto, el 14 de agosto de 2001, se instaló el Consejo Consultivo para el Rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México, con Carlos Slim Helú en la presidencia del mismo. En el año 2002, miembros de este consejo, contrataron al ex alcalde de la ciudad de Nueva York, Rudolph Giuliani, para asesorar al entonces Jefe de Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador. La política de “tolerancia cero” que hizo famoso al neoyorkino, junto con sus 146 recomendaciones, serían implementadas “al pie de la letra”, según el entonces secretario de seguridad, Marcelo Ebrard (quien sería sucesor de López Obrador a la cabeza del gobierno local). Giuliani instaló, entonces, un laboratorio en el centro de la capital, a unas cuadas de Tepito.

Sin importar mucho las medidas de seguridad por parte de la administración capitalina, el narcotráfico comenzó a tener un auge sin precedentes en el barrio, por lo que, a nivel local, comenzaron los vínculos con grupos delictivos de relevancia nacional. La prensa denunció, por ejemplo, que existían relaciones entre los traficantes del barrio y el cártel de Tijuana, liderado por los hermanos Arellano Félix. Se llegó a hablar, incluso, de que existía el cártel de Tepito (*El Universal*, 17 de enero de 2008).

Las importantes inversiones que se han realizado en el Centro Histórico, por

parte de empresarios, ha provocado que el precio del suelo en Tepito se eleve. Esta situación ha sido aprovechada por diversos líderes que se han apropiado del espacio público para rentarlo. Esta forma de privatización del espacio ha hecho necesario afiliarse a alguna organización de comerciantes para poder trabajar en la calle. No es extraño escuchar que dichas organizaciones adoptan acciones semejantes a las de la mafia. “Ellos te dicen ‘de aquí a acá es mío’ y, a ver, diles algo; te mandan a sus hijos que han estado en el reclusorio”, me comenta Carolina (estilista que trabaja en la plaza Martes de Arte) sobre la intimidación que utilizan algunos comerciantes. Como mencionó una importante líder de comerciantes en una entrevista, ellos “dan línea” de lo que pasa en el barrio.

El crecimiento desordenado de la actividad comercial ha generado conflictos de movilidad, salud, y convivencia, cuyo impacto afecta directamente a los habitantes del barrio. La enorme cantidad de transacciones que se genera a diario en el barrio, exige que los procesos de mercantilización se hagan más eficientes, por lo que el proceso de “bodeguización” (que consta en transformar los espacios que ocupaban las viviendas, en bodegas [Ávila, 2009]), se haya convertido en un problema tangible.

Los problemas de movilidad han afectado aspectos de la vida cotidiana como tener gas en las casas, llevar comida a la casa, trasladar a un enfermo para atención médica, o incluso los servicios religiosos. La iglesia de San Francisco, por ejemplo, recibe un menor número de fieles en comparación con hace diez años. Eventos de ciclo de vida como bautizos, quince años, o bodas, han casi desaparecido del templo porque, literalmente, la gente no puede trasladarse hasta el lugar. Como veremos más adelante,

ante esta situación, los residentes del barrio han optado por realizar las celebraciones en sus casas, o bien, en templos fuera del barrio (como la Catedral metropolitana).

Por otro lado están los problemas que, según los datos obtenidos en esta investigación, son los que más afectan a la población tepiteña: la basura y la inseguridad. La situación con la basura ha rebasado cualquier iniciativa de los vecinos y de las autoridades. La huella que deja la actividad en el tianguis es evidente cada noche con las toneladas de basura tiradas en la vía pública. Esta situación representa un riesgo a la salud y se suma a los problemas de movilidad.

El barrio también se ha convertido en un punto central, dentro de la ciudad, en la venta de drogas, ya sea al menudeo, por medio de “tienditas” (lugares en los que se vende cocaína), o tráfico en mayores cantidades. Durante el trabajo de campo de esta investigación, fue recurrente la alusión a que “la cosa estaba pesada” o “caliente” en el barrio, debido a los ajustes entre grupos delictivos y la lucha por el control del territorio. En particular, se hablaba del grupo “Unión Tepito” o “La Unión”, como grupo delictivo con la presencia más importante dentro del barrio.

Esta situación ha puesto la droga a la mano de los jóvenes del barrio, quienes además encuentran tolerancia para fumar marihuana e ingerir cerveza en las *chelerías* (puestos callejeros en los que se preparan *micheladas*). “Los chavos luego se ponen mal de que andan bien borrachos o marihuanos y empiezan a soltar balazos” –me dicen en una conversación –andan tan mal que *desconocen* (es decir, no les importa a quién puedan agredir en su estado) ”.

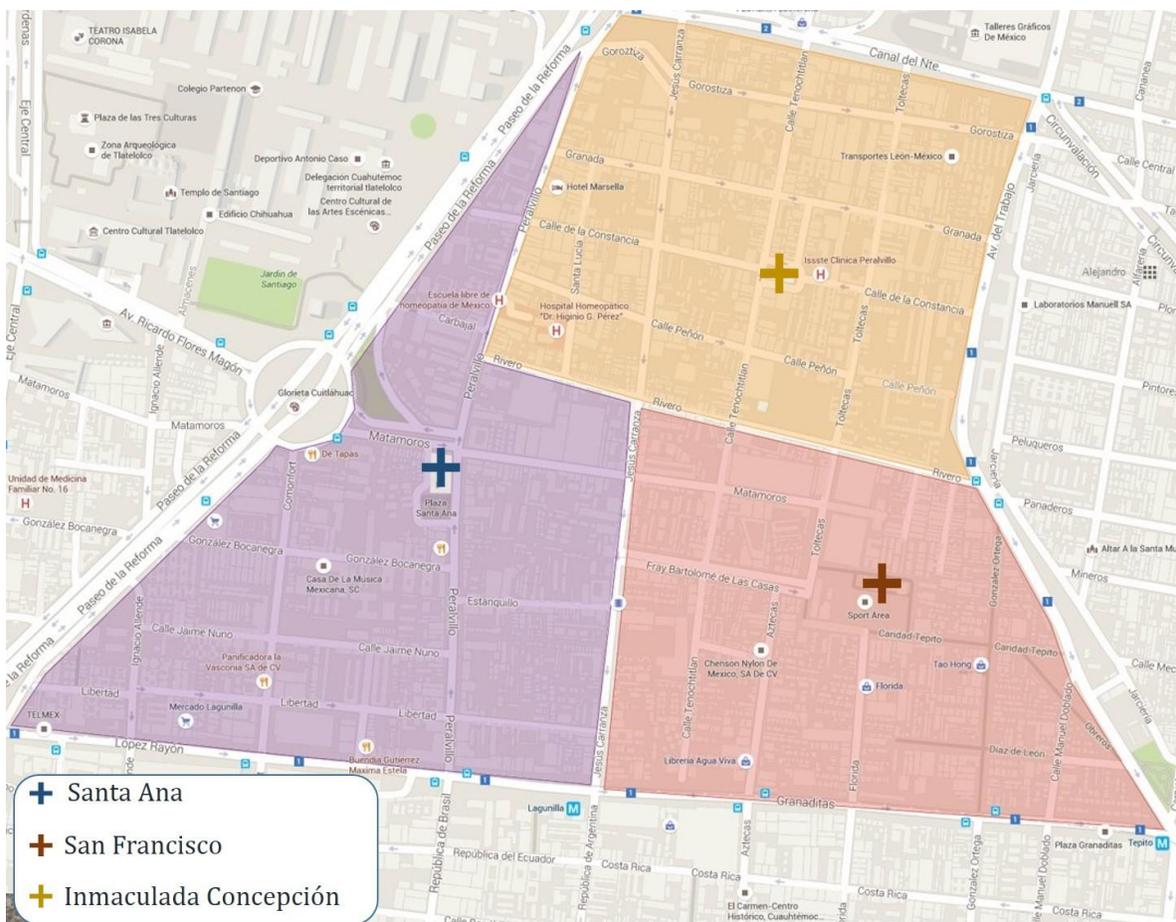
Capítulo II.- “Un pueblito encerrado en la ciudad”.

En este capítulo se exponen los datos etnográficos que apuntan a la existencia de otro Tepito, de carácter íntimo y reconocible sólo para los que lo conocen desde adentro. Las fiestas patronales sirven, de tal forma, como eventos que visibilizan dinámicas de integración y convivencia distintas a las que se dan cotidianamente en el barrio y a las que rara vez se les ha puesto atención. Principalmente, la fiesta de San Francisco de Asís (cuya parroquia se encuentra en el corazón del barrio), nos muestra una fuerza de cohesión que trasciende a cualquier actividad económica, rubro en el que se ha llegado a encasillar al barrio del que, se ha dicho, “todo se vende, menos la dignidad”.

Las dinámicas de interacción y convivencia de la fiesta de San Francisco me recordaron las que había observado durante las seis semanas que duró el trabajo de campo que realicé en la región de Texcoco, como parte de las actividades académicas impartidas en el programa de antropología social de la Universidad Iberoamericana. Durante dicho periodo –y en visitas posteriores a la región- tuve la oportunidad de observar lo que representan las fiestas patronales en cuanto a la identidad, administración, prestigio, y cohesión, entre otros factores, para los pueblos del oriente del Estado de México.

En el territorio de Tepito se encuentran ubicadas tres parroquias: San Francisco de Asís, en la Plaza Fray Bartolomé de las Casas; la Concepción Tequipehuca, en el cruce de las calles Constancia y Tenochtitlán; y la de Santa Ana Atenantitech, en la calle Peralvillo. Como se ha expuesto en el capítulo introductorio de este texto, es muy probable que el barrio de Tepito deba su nombre al templo dedicado a San Francisco

de Asís, ya que, durante la colonia, se edificó dicha ermita católica sobre un *teocaltepton*³ dedicado a Macuiltotec (Escareño, 2013). Para diferenciarlo del templo de San Francisco “el Grande” (en la actualidad, en la calle Madero), se le conoció popularmente como San Francisco Tepito, es decir, el Chiquito (Ornelas, 2014). Menciono lo anterior independientemente del origen del nombre del barrio, sino para recalcar que ha sido el centro de este territorio desde hace siglos.



Mapa de los barrios que componen la colonia Morelos en la delegación Cuauhtémoc. El de la derecha abajo es el que corresponde propiamente a Tepito, aunque, como se ha explicado en la introducción, los límites del barrio quedan poco claros.

³ Del Náhuatl, *Teocalli* = templo, y *tepton* = pequeño o poco (Robelo, 1888).

Para Fernando, escritor residente del barrio –a quien conocí en un grupo de discusión literaria llamado “Chin Chin... el teporocho”, el nombre del barrio viene de la palabra *tepitóyotl*, que significa “lugar de los pequeños, de los marginados”⁴. De tal forma que, “así como le dicen aquí (en el barrio) de cariño a la iglesia, el nombre podría ser ‘Panchito, el pequeño, el pobre, el marginado’ ... así como San Francisco de Asís que vivió sin cosas materiales. Por eso era San Francisco ‘el pobre’.” Fernando propone, de esta manera, que quizá varias de las características del santo patrono, podrían haber quedado impresas en la personalidad del barrio.

Cambios y continuidades en el barrio

Al comenzar los recorridos por Tepito, mis primeros contactos, Amado y Lucía (quienes imparten el diplomado de albures finos) hablaban sobre costumbres tepiteñas relacionadas al uso del *albur* (doble sentido), al comercio, la Santa Muerte, u otras actividades exóticas, que ubican al barrio como un espacio *sui generis*. Amado, describe la trayectoria de Tepito como la de un

modesto barrio indígena, miserable enclave colonial, arrabal de la Ciudad de los Palacios, abrevadero cultural de los chilangos, ropero de los pobres, tianguis y tendajón de sobrinias, luna y lupanar metropolitano, semillero de campeones, atracadero urbano, refaccionaria automotriz de gabachas y europeas usadas, tendadero existencial de propios y extraños, y reciclador de consciencias e inconsciencias.

⁴ Definido por Fernando sin citar alguna fuente. Según Romero (1990), el vocablo náhuatl se refiere a un “lugar pequeño al lado del mercado de Tlatelolco.

De la mano de este tipo de descripciones, así como el uso del *caló*⁵ para narrarlas, están los recorridos conocidos como “safaris”⁶ que, si bien ayudan a familiarizarse e “irse soltando” en el barrio, están enfocados a visitar lugares atractivos como el altar de la Santa Muerte, el “Mural de los Caídos”, el pilar de “las 7 cabronas e invisibles de Tepito”, entre otros.

Como parte de estos primeros acercamientos con Tepito, Amado, quien mantiene un contacto constante con investigadores de diversas partes del mundo por su labor como promotor cultural, me había comentado que se llevaba a cabo un partido de fútbol entre el Ebraye, equipo de varones, y uno de travestis (y transexuales) conocido como “las Gardenias”. Año con año, el día de la fiesta de San Francisco de Asís, se realizaba dicho encuentro deportivo, que constituía el evento principal en dicha celebración. Según Amado, el evento, además de ser una forma de inclusión hacia la comunidad homosexual del barrio, era muestra de la tolerancia y algarabía de los tepiteños. Para Lucía, las Gardenias eran motivo de admiración porque eran personas “chambeadoras” (trabajadoras) y que divertían a la comunidad. Creí corroborar su versión al encontrarme con documentales audiovisuales -y notas periodísticas- dedicados al juego (Cfr. Díaz, 2014).

Con lo anterior en mente, aunque varios meses después, asistí a la celebración de San Francisco de Asís, el 4 de octubre. Fue un sábado, uno de los días de la semana con mejores ventas para los comerciantes instalados en el barrio, lo que también

⁵ Jerga popular. Cfr. Flores y Escalante, 1994.

⁶ Recorridos por Tepito que surgieron con el propósito de que personas externas al barrio se acercaran a conocerlo y, de esta forma, cambiar la imagen negativa del mismo.

significa una afluencia importante de personas en sus calles. Sin embargo, existía una atmósfera diferente a la de otros días en el barrio: se podían escuchar los cohetes (pirotecnia) desde la salida del metro Tepito (ubicado a unos 700 metros de la parroquia), la música de banda -que se apreciaba mejor entre más me acercaba al templo- y, sobre todo era imposible dejar de notar la ausencia de puestos comerciales en los alrededores de la iglesia.

El espacio estaba siendo ocupado por familias (los niños y las personas de la tercera edad fueron quienes más llamaron mi atención, pues la cantidad de gente y vehículos que acuden al tianguis hace peligroso que ellos caminen por las calles del barrio). Los puestos semifijos habían sido substituidos por juegos mecánicos y puestos de comida. Se podían apreciar, además, las fachadas de los edificios en las inmediaciones de la plaza de Bartolomé (como se le conoce a la vía que rodea al templo), edificados con la arquitectura colonial, característica del centro de la ciudad, pero carente del cuidado del que goza, por ejemplo, el “primer cuadro”, que ha sido beneficiado con la inversión de la administración local y, sobre todo, del Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México, encabezado por empresarios como Carlos Slim.

El punto climático, la quema del *castillo* (estructura desmontable en la que se coloca pirotecnia), reunió a las familias vecinas frente al templo, en una convivencia que no había tenido la oportunidad de apreciar antes. Cabe apuntar que, dicha actividad, es una práctica común en los pueblos de México al punto de que existen comunidades enteras dedicadas a la producción e instalación de castillos que son utilizados en el centro y sur del país, especialmente.

El camino de regreso al metro Tepito, después de presenciar la fiesta de San Francisco, lo hice en compañía de una pareja de origen europeo y Juan (residente del barrio). Una vez que éste último se despidió, pude conversar más con la pareja. La mujer, estudiante de doctorado en antropología en Alemania, mencionó de forma casual: “no sé cómo es que el partido de las Gardenias duró tan poco, si era lo más importante”. Este cuestionamiento me llevó a considerar que existen implicaciones y significados mucho más profundos e importantes, que un partido de futbol, para los que participan en la fiesta. En contraste, está lo exótico que atrae a turistas nacionales e internacionales, medios de comunicación e, incluso, investigadores académicos.

Los detalles que logré apreciar en la fiesta patronal (presentados a continuación) hicieron cambiar lo que tenía en mente, no sólo sobre la celebración de San Pancho (como se le llama de cariño al templo y al patrón del barrio), sino también sobre los “safaris”, diplomados de albures y, en general, esa cara extravagante de Tepito.

La fiesta de San Francisco *Tepiton*.

La fiesta me permitió observar, como he mencionado en líneas anteriores, las calles centrales de Tepito ocupadas por la feria, las familias caminando entre los juegos mecánicos, la arquitectura del barrio, el sonido de la banda tocando y, en pocas palabras, una atmósfera que contrasta con la cotidianidad del barrio. De miércoles a lunes, los puestos semifijos abarcan gran parte de las principales calles de Tepito: Jesús Carranza, Tenochtitlan, Aztecas, Florida, González Ortega, Manuel Doblado, Matamoros, Fray Bartolomé de las Casas, Caridad, Rivero, y Obreros, forman una red de pasillos

comerciales, en los que es posible adquirir una amplia variedad de productos. La heterogeneidad que existe entre cada puesto hace que junto a un comerciante de ropa esté colocado otro de artículos deportivos y, a unos pasos, otro de películas en DVD piratas. Justamente, la mercancía pirata (también conocida como “clon”) es la que más se puede encontrar en los puestos, ya sean discos de música, ropa (playeras de equipos de futbol, pantalones de mezclilla, zapatos), o películas. Completan el paisaje puestos de electrodomésticos, medicinas, suplementos alimenticios, pornografía, relojes, “chelerías” (espacios donde se comercializan cervezas preparadas, ilegalmente), pistolas de gotcha, tapetes, ropa de cama, teléfonos celulares, entre otros.

Por otra parte, el flujo de personas, “diablitos”⁷ motonetas, y algunos automóviles, exige que los transeúntes mantengan constante atención, no sólo a la mercancía exhibida, sino a todo lo que ocurre a su alrededor. El rápido ritmo del barrio también tiene como consecuencia que el piso vaya acumulando basura, lo cual, en época de lluvias, es especialmente peligroso pues puede provocar algún tropiezo. Carolina, una de mis principales interlocutoras, quien trabaja cortando el cabello en el barrio, me comentó que, incluso, varias personas –residentes del barrio, incluidas- han perdido la vida por atropellamiento; “ser del barrio no te hace ni más ni menos (hábil)”, respondió cuando le pregunté si, vivir en el barrio, aumentaba la pericia para andar por las calles.

Durante la fiesta patronal, por otro lado, las calles centrales del barrio –es decir, las aledañas a la parroquia de San Francisco de Asís-, se percibían distintas. Si bien la facilidad para transitarlas no mejoraba, ni su ritmo disminuía, era posible distinguir que

⁷ Carretillas donde se transporta mercancía.

era una ocasión para relajarse y convivir los vecinos. Era posible observar la forma en que jugaban niños y niñas -sin supervisión de adultos-, corriendo mientras jugaban a aventarse harina. A familias caminando mientras comían elotes, churros, plátanos fritos, o algodones de azúcar. El sonido –que, a veces aturdí- de los juegos mecánicos fundiéndose con los gritos de algunas mujeres lo suficientemente osadas para subir en ellos. El piso, sin estar más limpio, ahora se veía con cascarones de huevo, harina, y algún plato desechable olvidado. Incluso, era posible apreciar ciertas actitudes de coqueteo entre los y las adolescentes asistentes.

En otros recorridos que di por el barrio, especialmente cuando se levantan los puestos y se guarda la mercancía, pude percibir el olor a marihuana puede llegar a saturar las calles. Casi siempre se trata de personas jóvenes las que se encuentran fumando. Durante el marco de la fiesta, fue muy raro ver que alguien fumara, percibí el olor, en calles más alejadas de la iglesia, no donde se encontraba la feria. Aun así, a otras personas no les pareció tan “apacible” el contexto. Por ejemplo, Don Lucio, me mencionó que se dirigía a la feria con su familia (él es un hombre de casi 80 años, su esposa, pocos años más joven), pero al ver que habían jóvenes aventando cohetes y harina, decidió regresar a su casa: “Iba con niños chiquitos y mi señora, si esos cabrones les aventaban algo, me iba a encabronar. Mejor no fuimos para evitarnos problemas.”

Sin embargo, gracias a que ese día recorrí gran parte del barrio, observé que se habían modificado espacio y tiempo en el barrio, mostrando lo que Ismael, párroco de San Francisco, llamaría como “un pueblito encerrado en la ciudad”.

Si bien es común que en los barrios más antiguos de la ciudad de México, se

mantengan estas tradiciones, incluso con sistemas de cargos y mayordomías semejantes a las de comunidades rurales (Cfr. Robichaux, 2005) que son fundamentales para la vida de algunas comunidades (como Xochimilco, por ejemplo), me era complicado pensar en Tepito como un espacio en donde la fiesta tuviera tal importancia. Lo anterior, debido a varios factores, entre ellos que, por ejemplo, no hay espacio en donde se pudiera llevar a cabo tal celebración. Hay que tener en cuenta que, en Tepito, el espacio es dinero. Regularmente, incluso en el espacio frente a la iglesia de San Francisco –que el día de la fiesta funge como atrio-, están instalados puestos comerciales. El único espacio que parecería disponible, sería el del campo de futbol (conocido como “el Maracaná”, ubicado al costado sur del templo), pero el 4 de octubre, en él se llevan a cabo partidos de futbol. Parecería que pocos comerciantes estarían dispuestos a ceder el valioso espacio que rentan y de donde obtienen ingresos.

La salida y entrada de residentes es otro factor que parecería complicar el hecho de que se mantengan este tipo de tradiciones. Incluso, en alguna plática en la Plaza Martes de Arte, Víctor (de unos 45 años), quien ha vivido toda su vida en la colonia Morelos, mencionaba que “Tepito ha sufrido varios ataques a través de su historia, el más reciente, por parte de personas de origen asiático: coreanos, vietnamitas, chinos...”. Es conveniente recalcar que, por su céntrica ubicación, Tepito ha sido blanco de varios intentos de despojo y desplazamiento por parte de la administración local, en complicidad con grandes empresarios que ven en el barrio una oportunidad para gentrificar. De hecho, también por su ubicación, podría parecer complicado que un barrio *tan* urbano pudiera ser cede de tales celebraciones patronales.

Por otro lado, cuando se habla de religiosidad popular, la figura que ha tomado más fuerza -junto con San Judas Tadeo- es la Santa Muerte, mientras que, a Tepito, se le considera el bastión de su culto. Esta relación, así como la vinculación de la llamada *Niña Blanca* con la magia negra y la santería, son factores que eclipsan, hasta cierto punto, algo que podríamos llamar un culto más “tradicional”. A mi parecer, atrae más reflectores un fenómeno religioso como el de la Santa Muerte por el contexto nacional, donde la violencia relacionada a la delincuencia organizada es abrumadora. En este sentido, un lugar marcado como profundamente violento, donde impera el delito, es suficientemente atractivo tanto para investigadores académicos, como para la prensa.

Lo anterior parecía descartar la posibilidad de una fiesta patronal en el barrio, si además consideramos la baja afluencia de los vecinos a las iglesias del barrio, lo cual observé en mis recorridos, y me fue confirmado por Don Lucio quien me contó sobre la asistencia a misa, anteriormente, en contraste con la actual: “(antes) a estas horas (por ahí de las 8 de la noche) ya estaba lleno San Pancho; tenías que llegar temprano o ni entrabas a la iglesia. Te quedabas afuera”.

Sin embargo, a estas perspectivas les faltó reparar en un punto clave: considerar que una fiesta patronal es una celebración de la comunidad, y no se reduce a una muestra pública de fe, por lo que no es un evento que vaya de la mano con la asistencia a misa. Es una fecha que sirve para reencontrarse y convivir.

Para ejemplificar lo anterior, me sirvo de una conversación con Paty, quien no es residente de Tepito, pero es originaria de otro pueblo originario de la ciudad de México: Axotla. Mientras me contaba sobre el festejo de San Sebastián mártir, patrono

de dicho pueblo, hizo referencia a que la fiesta era una oportunidad “para verse todos”, relatando las actividades que compartía junto a su padres, primos, y amigos de la infancia. Dicha convivencia, en el marco de la celebración, incluían: recordar anécdotas de otros años, “ponerse al corriente”, bailar, y estar en el torneo de futbol en que se enfrentaban equipos locales. En concreto: un grado especial de complicidad e intimidad que, suena a ser algo muy parecido a lo que pasa en la fiesta de Tepito.

Particularmente, en el caso de Tepito, existen determinados espacios/tiempos en que “realmente convive el barrio y no gente ajena” –como menciona Pedro, habitante del barrio-, que son importantes para la convivencia entre los vecinos. La fiesta, quizá, es el más importante de ellos.

En alguna plática que sostuve con Juan, Víctor, y otros asistentes a “El choro del gallo” (espacio de debate e intercambio de ideas en la plaza Martes de arte), me comentaron que Tepito es un lugar que se conoce de noche. Para ejemplificar su punto, me comentaron que, una vez que se levantan los puestos, y se retiran los vendedores externos al barrio, así como la gente que llega ahí a comprar, es cuando salen los vecinos a convivir. “Si te vas por toda esa parte (haciendo referencia a las calles entre avenida del Trabajo y Ferrocarril de cintura) hay hasta baile. Parece carnaval. Salen las familias, hay puestos de comida...”, menciona Juan. Don Lucio, en una conversación posterior, también me diría algo al respecto: “sí, Tepito de noche es otra onda; si quieres ver Tepito de noche, es por allá por donde vive Juan. Parece feria. (...) A esa hora ya tampoco hay rateros, ya sea porque no son de aquí, y ya se fueron, o porque ya se fueron a los que les podían robar”. Carolina, también comentó algo al respecto: “yo nunca he ido, pero he escuchado que, en la noche, parece día; salen todos a los puestos de comida”.

En lo particular, en los recorridos nocturnos que di por el barrio (9 a 10 p.m.), pude ver que la gente se reunía, especialmente, afuera de las misceláneas o en las entradas de las vecindades, a tomar cerveza, jugar dominó, *futbolito*, o sólo a platicar. Se podían ver niños, aunque no tantos como en la fiesta. Incluso, al pasar, la gente daba algún saludo como: “buenas noches”. Por otro lado, la noche de la fiesta de la parroquia de la Conchita (martes 8 de diciembre de 2015), comencé a caminar por las calles aledañas al espacio de la feria, y me percaté del movimiento de familias o de adolescentes (15-16 años) caminando con niños más pequeños, que se dirigían a la iglesia.

Es el momento de la fiesta donde existe la oportunidad de que los tepiteños puedan ocupar su barrio por más tiempo, y no sólo unas cuantas horas por la noche, sin tener a personas *ajenas* entre ellos. En Facebook, los comentarios también se expresan en este sentido. En las publicaciones que hacen referencia al día de la fiesta, destacan las fotos del templo y los comentarios de aprobación a la forma en que se arregló para ese día. Es posible leer que la gente felicita a Ismael por su labor de reconstruir la iglesia, personas que se lamentan por no haber podido asistir al festejo y, otras, que hacen referencia a que, debido al comercio, no es posible apreciar “el corazón del barrio”. “Se ve bien lástima que con tanto comercio no se aprecie”, dice un comentario de Yolanda, mientras que, en otro de un hombre llamado Ricardo, se puede leer: “si pero es una foto tomada en dia de descanso porq esta asta la madre de puesto por donde le busques” (sic).

Previo al 4 de octubre.

Es importante notar que, a diferencia de lo que sucede en las comunidades en que existe un sistema de cargos, en donde los mayordomos son los encargados de sacar adelante la fiesta, en el caso de las parroquias de Tepito (así como otros pueblos y barrios originarios de la ciudad de México), son los sacerdotes los que se responsabilizan de reunir los recursos suficientes y hacer las diligencias necesarias para festejar a la santa o santo, por lo menos, en lo que involucra al templo (arreglos florales, portada, castillo, banda de viento, y feria. De la misma forma que sucede en algunos pueblos, existen “padrinos”, que aportan importantes cantidades de dinero, por ejemplo, para la banda o el castillo; este puede ser del 50% al 100% del costo total. Describiremos ejemplos concretos en párrafos posteriores.

Coincidiendo con Georg Simmel (2005), quien postula que existe una reducción de relaciones emocionales, características de la vida rural, en contraste con una actitud intelectualista de los habitantes de la ciudad, considero que la falta de compromiso con la fiesta es consecuencia de la urbanización y los cambios que la ciudad trae consigo, por ejemplo, el individualismo, el cambio de gobierno tradicional por político, las transformaciones en el culto familiar, etc.

El “ya no es lo mismo de antes”, es una expresión que comparten los que festejan a Santa Ana, a la Inmaculada Concepción, o a San Francisco de Asís. Desde mi perspectiva, las fiestas patronales, parecen haber entrado en la lógica de oposiciones binarias (lo religioso vs. lo civil; lo privado vs. lo público) al dejar de estar completamente en manos de los vecinos. Por tal motivo, se delegan

derechos/responsabilidades –y poder- a los gobiernos políticos y a los ministros religiosos. Los sacerdotes no permanecen en una sola iglesia, por lo que es difícil que desarrollen el arraigo que, en general, tienen los pobladores originarios de la comunidad.

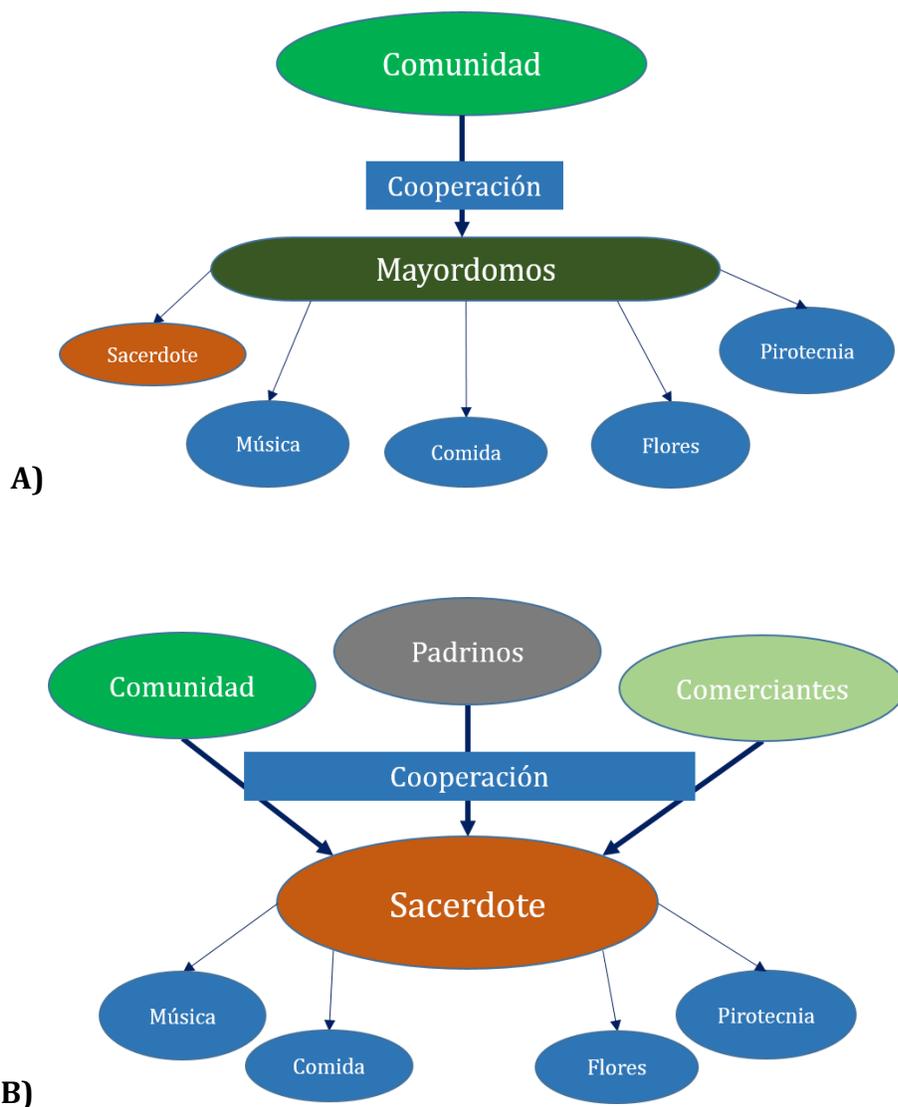
Por otro lado, para los sacerdotes la fiesta es una forma de manifestar la fe católica, mientras que para los habitantes, se trata de la relación entre el santo, el territorio, los integrantes de la comunidad e, incluso, el prestigio del pueblo. En el caso del padre Ismael, es interesante considerar que se ganó el reconocimiento de un amplio sector del barrio por su labor de renovar el templo durante los casi 10 años en que fungió como párroco. Dicha situación, lo situó más en un papel de administrador y menos como un motivador que logró la cooperación de muchos vecinos para sacar adelante la reconstrucción del templo. Por otro lado, es necesario considerar que tuvo la responsabilidad de lidiar con el creciente culto a la Santa Muerte, Jesús Malverde, la santería, y otras prácticas consideradas por el sacerdote como “fe mágica”. Esta posición requirió de varias estrategias para lograr que los tepiteños “depositen su confianza sólo en Dios”, como él lo comenta, por ejemplo: participar en visitas a San Juan de los Lagos, al Señor de Chalma, a la Basílica de Guadalupe, y coordinarse con los párrocos de las iglesias de la colonia Morelos para realizar una misa en conjunto el día 8 de cada mes, en el cruce de las calles Alfarería y Panaderos, a media cuadra (40 metros) del altar dedicado a la Santa Muerte. De esta forma, aun cuando Ismael logró reunir el apoyo y respeto de un amplio sector del barrio por su labor en la iglesia, me parece que su labor obedeció más al propósito de fortalecer el culto católico en oposición a las figuras de culto popular.

Esta situación parece haber provocado que las fiestas patronales, en barrios y pueblos urbanos, tengan más las características de una kermés que de una interacción recíproca entre semejantes. Con lo anterior, me refiero a que, en una kermés, existe preparación previa, pero basada en el beneficio económico. Un grupo de personas llega a ofrecer servicios de comida, juegos mecánicos o de habilidad, y de música para amenizar el evento, contratados por un comité organizador o una figura como el sacerdote de la iglesia. La participación de la comunidad se limita a asistir el día del evento y consumir. Por otro lado, al llevar a cabo una fiesta patronal, lo más importante es el trabajo previo, es decir, la preparación que se hace con el trabajo de la comunidad que participa con recursos económicos o mano de obra. Pareciera ser que, en el barrio de Tepito, esta participación se ha reducido a aportar dinero y presentarse al día de la fiesta. Incluso las personas mayores con las que pude conversar, recuerdan que las cooperaciones para la iglesia siempre han sido directamente de los vecinos a la iglesia.

La fiesta, en los pueblos, se convierte en una oportunidad de convivencia y colaboración; una *obligación voluntaria* que es ocasión para demostrar que las cosas se deben/pueden hacer “entre todos” (Cfr. Magazine, 2015). Quizá esto lo podríamos traducir en términos del barrio, por medio de las palabras que dejara Daniel Manrique, difunto muralista, escritor, y difusor cultural tepiteño, cuando dijo que “si todos jaláramos parejo, la vida sería más chida”.

Al platicar con el padre Ismael, sobre la organización de la fiesta patronal, dice sentirse “como pez en el agua” ya que entra y sale a la hora que quiere aunque, reconoce, que al principio le costó trabajo adaptarse. En particular, reconoce que esto era porque

al principio le daba pena salir a *botear*⁸, ya que no estaba acostumbrado a hacerlo.



Con estos diagramas intento ejemplificar el sentido en el que se mueven los recursos para llevar a cabo una fiesta patronal. Cuando existe una mayordomía **(A)**, la comunidad aporta equitativamente, y los mayordomos consiguen los servicios necesarios. En el segundo caso **(B)**, que ejemplificaría lo que sucede en Tepito, el sacerdote funge como administrador, la comunidad no está tan comprometida, y el dinero para llevar a cabo el festejo viene de varias partes de forma desigual.

⁸ Salir a la calle a recolectar dinero para alguna causa. Usualmente, se usa una lata o “bote”, de ahí el nombre.

Al preguntarle sobre la existencia de una mayordomía que organizara la fiesta, contesta que “ojalá hubiera mayordomía; así no habría tanto desgaste en los recursos de la iglesia”. En cambio, sale a reunir recursos con los comerciantes y, de esta forma, es posible reunir los recursos necesarios para realizar el festejo patronal, el cual, según Ismael, asciende a unos \$60 mil.

Me parece interesante apuntar algo que me comentó Ismael y que también ha mencionado en un par de entrevistas: debido a la cantidad de puestos que rodean a la iglesia, los servicios, que son la principal fuente de ingresos con los que se sostiene un templo, son casi nulos. El acceso al templo es tan complicado, que los vecinos del barrio han optado por celebrar bautizos, bodas, y XV años en otros templos -como la catedral- o bien, en sus domicilios. La gente comenta, según el sacerdote: “es que tengo invitados y les da miedo pasar’ (...). Gente de la tercera edad, en silla de ruedas, o las chavas con sus vestidos, no pueden pasar”. En entrevistas a medios digitales, Ismael incluso ha llegado a decir que el templo está “asfixiado por el comercio” (Luna, 2013) o “secuestrado por el comercio” (“Reportaje: Una iglesia secuestrada”, 2011). Estas últimas, son palabras que también ha utilizado Don Lucio, aunque refiriéndose a toda la gente del barrio y no sólo a la iglesia, en el sentido de que, el “verdadero” Tepito, queda oculto detrás de los puestos comerciales.

En este sentido, Fernando, citado escritor originario del barrio, comenta en un texto titulado “El lado oscuro de Tepito... su cultura”, de Eduardo Vázquez (2000):

El Tepito actual es un ejemplo de lo que a todo barrio le puede suceder cuando llega la modernidad. El comercio lo ha transformado todo, ya no encuentras lecherías,

recauderías, ya no encuentras muchachos jugando en las calles ni los bailes que se hacían en el 13 de Caridad (dirección de una vecindad). El tianguis se ha tragado todo. Además ha llegado gente extraña de distintas partes, que se ha adueñado del lugar del tepiteño, en el comercio, en sus casas. Lo que aparece en el barrio, principalmente por las noches, es el recuerdo de una nostalgia perdida, un basurero con sueños destapados, una soledad por las banquetas y los puestos, como esqueletos por las calles (...) La iglesia de San Francisco de Asís está rodeada de puestos (...) ya nadie se quiere casar ahí. En el tianguis se camina al ritmo de la ola de la gente: ahí te pisan, te manosean, te fastidias, te engentas y maldices. Así maldiciendo, te atropellan los 'diablos' de este infierno (...) Cómo cambian las cosas. Ahora hay que acostumbrarse a la aceleración de la modernidad.

“De misas, XV años, bautizos, es de donde sobreviven los templos”, me cuenta el párroco, a la vez que me cuenta que, al tener que ir él a las casas a brindar los servicios religiosos, ha tenido algunas experiencias donde “el ambiente es más pesado”: en una ocasión, iba a dar una misa para un difunto en la calle de Jesús Carranza. Como estaba oscuro y lloviznaba, no iba a encontrar transporte, por lo que se fue en bicicleta. El sacerdote entró en el número 32 bis, y no en el 32, se desconcertó pues no veía movimiento de personas y, mientras entraba al lugar, relata: “escuché una voz, así como de maleante que me dijo ‘presta la bicicleta’. Y le respondí ‘no, qué pasó amigo, es mi herramienta de trabajo; mejor dime en dónde es la misa de ‘tal’ porque no encuentro el domicilio. Soy el padrecito de la iglesia”. El hombre le contestó: “¡Ah, padre!, es por acá”. “Ya, me llevó, y ahí entré con todo el séquito. Era hasta atrás”, me dijo. En otra ocasión, el sacerdote regresaba, por ahí de la 1 a.m. al barrio, junto con otro sacerdote (más joven

de unos 33 años) cuando vieron que se acercaba, frente a ellos, un individuo con una pistola en la mano, pensó en darse la vuelta, pero decidió seguir adelante. “El otro cuate (es decir, el otro sacerdote), como es *güero*, se puso rojo, rojo. Le dije, tranquilízate, que no pasa nada”, cuenta el párroco. Al momento de por fin cruzare con el hombre, éste lo reconoció y le dijo: “¡ah, es usted, padre!”.

A pesar de ésta, y otras circunstancias que ocurren en Tepito, el párroco menciona que “la gente ha respondido muy bien”. Para llevar a cabo la renovación de la iglesia, cuenta:

Tomaron conciencia y todos nos pusimos las pilas para rescatar la iglesia, pues entendieron que era de ellos. Hubo quienes donaron 200, 500 pesos, camiones de grava, arena, ladrillos, galones de pintura; también organizaron una kermés por semana que nos daba 2 mil o 3 mil pesos, ¡muy buenos! Rifas mensuales con electrodomésticos, hubo familias que botearon en la calle y también se organizaron bailes con los grupos musicales Kole y K ché Bandaza, quienes tocaron gratis para este noble fin. Para la construcción del altar conseguí cien familias que donaron mil 500 pesos. En total juntamos casi millón y medio de pesos y con eso empezamos a trabajar (“Reportaje: Una iglesia secuestrada...”, 2011).

Ahora, sobre la cooperación para llevar a cabo la fiesta, hemos mencionado ya la existencia de “padrinos” o “donadores”, que es una forma de apoyar a la fiesta que también es posible encontrar en algunos pueblos. En el caso del barrio, según lo que comenta Ismael, la fiesta de 2015 habría sido la primera vez que él pidió directamente apoyo económico a ciertas personas antes, habían sido los donadores los que se habían acercado a la iglesia. Según su testimonio, se vio en la necesidad de pedir apoyo, debido

a varios gastos extraordinarios que lo obligaron a utilizar dinero que tenía ahorrado para la fiesta. Con motivo de la celebración, el párroco mandó hacer bancas nuevas para la iglesia las cuales se encontraban en Villahermosa, Tabasco, al sureste de México (desconozco la razón de que estuvieran en esa localidad). Para trasladarlas a la capital del país, Ismael contrató un camión que, a mitad del camino, tuvo una avería. Entre todos los contratiempos se acumuló una deuda que ascendió a los \$35 mil. Por otro lado, previamente a la fiesta, el párroco hizo que se puliera el piso del templo, pues este se encontraba en muy malas condiciones y “para que lucieran las bancas”, según comentó. El costo de dicho trabajo fue de unos \$21 mil (\$35 el m² por los 600 m² del área de la iglesia). Ismael incluso utilizó una tarjeta bancaria en la que guarda \$20 mil en caso de emergencia, por si alguno de los hermanos sacerdotes que viven en la casa pastoral tuviera alguna enfermedad.

Particularmente, en el caso de los donadores para a fiesta de 2015, el párroco recuerda cómo el señor Garrido, le había ofrecido, anteriormente, su apoyo diciendo: “(cuente) con lo que usted necesite, padre”. El párroco le tomó la palabra y, como mantiene una buena relación con la pareja del señor Garrido, fue a ella a quien le comentó que necesitaba dinero para la banda de viento que habría de tocar en la fiesta del 4 de octubre. El hombre accedió, aunque tenía fama de ser usurero, por lo que a la gente le impresionó que hubiera *soltado* dinero, a decir de Ismael: “Era una persona que no disparaba ni en defensa propia, así que imagínate cuánto tenía guardado”.

De igual forma, para poder adquirir el castillo, recurrió a otro “donador”; una persona originaria del barrio que, aunque ya no vive ahí, aceptó también ayudar a la iglesia. Se trataba de un hombre llamado Genaro, que “hizo dinero construyendo plazas

comerciales pequeñas en el barrio. El señor pertenece a la iglesia de santa Catarina, pero aun así cooperó con la iglesia”, describió un poco Ismael. El párroco le preguntó a este hombre si quería que su nombre apareciera, junto con el de su familia, junto a los demás donadores, propuesta que Genaro aceptó.



Imagen del presbiterio de la Iglesia de San Francisco de Asís, días después de la fiesta patronal. A la derecha, se pueden apreciar las hojas donde se reconocen a los donadores.

La forma de retribuir la cooperación, adopta varias formas: por una parte, se coloca una hoja tamaño carta en la que se da fe de que una persona efectuó la cooperación. En dicho documento, se incluyen los nombres de familiares o personas cercanas que son incluidos por el que coopera. La hoja de papel es colocada, finalmente, a la vista de la congregación, junto con otras, pegada en una cruz de madera que se coloca del lado derecho del altar. En la cruz, está colocada la imagen de Cristo resucitado.

Existen otras formas de reconocer a los donadores, aunque son –por así decirlo– extra-ordinarias. Por una parte, en una visita que realicé al templo de San Francisco, me encontré con un hombre de unos 55 años, que se encontraba retocando un mural ubicado a la izquierda del altar, junto a la entrada a la casa pastoral. La imagen retrata la escena bíblica en la que Juan bautiza a Jesucristo en el río Jordán. El hombre me preguntó si necesitaba algo, a lo que le respondí que buscaba al padre Ismael. Él me comentó que no se encontraba el sacerdote, pero podía dejar con él algún recado. Dije que buscaría a Ismael después y, en cambio, le pregunté por el mural. El descalzo artista, me explicó que le estaba dando unos retoques a la pintura. Al describir la imagen, me comentó que los rostros de los personajes que en ella aparecían, estaban basados en dos personas del barrio. El que había servido como modelo para el rostro de Jesucristo, era el señor Benjamín, quien había donado dinero para rehabilitar la estructura de la iglesia. Días antes, Ismael me había comentado sobre ese hombre, diciendo: “Esta persona se ofreció a reconstruir la iglesia. (...) Le enseñé un proyecto de renovación integral del templo que ya tenía desde antes. Lo mandé hacer con un arquitecto. En \$20mil me salió.” La barda norte del templo se había desplomado, lo cual provocó unión de los vecinos. La fachada la puso totalmente el señor Benjamín, la pared lateral, fue mitad la iglesia y mitad el donador. Existe, también, una placa con fecha de octubre de 2014. A decir de Ismael, se informó al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) así como a la delegación Cuauhtémoc sobre las condiciones del templo pero, ante la falta de respuesta por parte de estas autoridades, se hicieron las remodelaciones necesarias de forma autónoma.



En esta imagen resalto la zona que se encontraba libre de puestos comerciales. Sobresale la cancha del maracanáy, a un costado de esta, el templo de San Francisco.

Es interesante apuntar aquí que, según el testimonio del padre Ismael, los vecinos aportaron tanto dinero como mano de obra para reconstruir la iglesia. El sacerdote animaba incluso a los jóvenes que veía fumando marihuana o inhalando activo en las inmediaciones del templo a ayudar. Ellos respondían con un “claro que sí, padre; ¿cómo le ayudamos?” a lo que Ismael respondía: “pues súbanse aunque sea un costal de cemento”.

Siguiendo con la descripción del mural en el templo de San Francisco, Juan el Bautista, según el relato del muralista, estaba inspirado en Genaro, el donador que había cubierto el precio del castillo y pirotecnia (alrededor de \$25 mil). Como detalle, me confesó que el retrato no había sido del agrado del “padrino” de castillo, porque lo

había pintado “sin cuello”. “Pues ni modo, yo pinto lo que veo, tampoco voy a pintar algo que no es. Pero bueno, me gané la enemistad de ese señor”, dijo el muralista, que iba al barrio únicamente a darle retoques a su obra.

En conversación con Ismael, me dice que le da satisfacción ver las ocasiones en las que se une el barrio, en especial, durante la víspera de la fiesta, es decir, la noche del día 3 de octubre y madrugada del 4. “Ahí ves a todos, todos”, dice el párroco y continúa: “el corazón de los tepiteños es muy grande y generoso. Aquí nada es imposible”, menciona haciendo referencia a que ha logrado sacar adelante los proyectos de renovación para el templo. “Bueno, nada es imposible para bien y para mal; he visto cosas muy fuertes. Existe mucho dolor en el barrio. (...)Para mí, cuando se habla de ‘la bravura del barrio’, la veo en sus corazones”, comenta el párroco.

Tepito el 4 de octubre.

El paisaje va cambiando alrededor de la iglesia, sin embargo, desde un par de días antes, ya que se deben instalar los juegos mecánicos, el ring donde se efectúan peleas de box y lucha libre. El festejo comienza, entonces, con la serenata a San Francisco.

El día de la fiesta llegué a las 4 de la tarde, por lo que me perdí del recorrido de San Francisco, por las calles del perímetro del barrio. Dicho recorrido comienza entre las 8 y 9 de la mañana, y llega a pasar a unos pasos del altar dedicado a la Santa Muerte. Esta última situación, vale la pena ser destacada, pues más adelante abordaremos la suerte de pugna que existe entre el clero local y el culto a la Santa Muerte.

Aquel día, me dirigí del metro Tepito a la iglesia de San Francisco. Caminé entre los juegos mecánicos y el ring que había servido para algunos encuentros de lucha libre. Algunos carteles muestran la oferta adicional de actividades deportivas que se llevarán a cabo en “el deportivo Maracaná, su gimnasio José “Huitlacoche” Medel, y su cancha de futbol Bernardo “Mandete” Hernández”. Se trata de un repertorio con quince peleas de box (femenil y varonil), más de treinta partidos de futbol de varias categorías (infantil, libre, y veteranos) incluyendo el partido de Gardenias contra Hebraye. En el cartel no se insinúa, de ninguna forma, que éste último sea el partido principal. El impreso especifica que la publicidad es cortesía del Frente de Organizaciones de Comerciantes y Vecinos del Barrio de Tepito y D.F. No se especifica si también la organización es encargada de organizar las actividades.

Como he mencionado en párrafos anteriores, la atmósfera del “primer cuadro” del barrio había cambiado completamente comparada a lo que se aprecia diariamente (incluso si contrastáramos el día de fiesta con los martes en que descansa el tianguis). La convivencia de los niños es un punto clave en este cambio de interacción de los vecinos; tenían un espacio donde podían correr, jugar con otros niños –especialmente a reventarse huevos con harina en la cabeza-, y bailar. No sólo los juegos mecánicos y de habilidad de la feria (tirar blancos con rifle de municiones, pescar peces de plástico, los juegos de canicas, reventar globos con dardos) los animaban a ocupar ese espacio, también lo hacía la música y quizá, más importante, que sus familiares y conocidos se encontraban ahí también, reunidos. Don Lucio me platicaría posteriormente que antes los niños podían recorrer las calles sin temer algún peligro, ya que “todos se conocían”.

En este sentido, podríamos decir que el día de la fiesta es algo cercano a cómo era la vida cotidiana antes.

Llegué a la Plaza Fray Bartolomé, mientras la banda tocaba “Flor de Capomo”. A unos 4 metros de distancia de la puerta de la iglesia (en el espacio conocido como Plaza Fray Bartolomé), se colocó un tapete de aserrín de unos 7m x 12m con la imagen de San Francisco de Asís. En 2015, según el párroco, no se colocó portada en la fachada porque habían hecho el mencionado tapete aunque, en imágenes de Facebook de otros años, se puede apreciar que se instalaron ambos. Frente al tapete de aserrín, estaba colocado un arreglo floral con la imagen de la Virgen de Guadalupe en el centro y, alrededor de esta, con letras blancas la frase “SAN FRANCISCO DE ASÍS BENDÍCENOS”.

Atrás de dicha imagen, se instaló la banda de viento. El lugar en que esta se ubicó es ocupado cotidianamente por un vendedor de lentes de sol, de hecho, la estructura permaneció, junto con la lona, para proteger a los músicos del clima. Pregunté por una tarjeta a uno de los músicos quien a su vez, se dirigió a otro. El segundo hombre buscó en su bolsa y me la hizo llegar. La tarjeta dice “Familia Rocha. Cuanalan, Acolman, Estado de México”. Posteriormente, doy unos pasos para acercarme a un joven que está afinando los detalles del castillo. No lleva consigo tarjeta, pero me dice que son la familia Pompa de Tultepec.

Me acerqué lo más posible al altar para tomar fotos y, mientras lo hacía, me percaté que varias personas me veían conforme pasaba y después regresaban a lo suyo. Me parece que esos tiempos a los que se refería Don Lucio cuando me contó que “antes todos se conocían” no eran tan diferente de la actualidad. Regresé a la parte trasera del

templo, buscando un lugar para escuchar la misa, cuando reconocí a una pareja española que había visto en la plaza Martes de Arte (donde comencé a hacer relaciones más cercanas con los vecinos de Tepito), no los conocía tan bien como para saludarlos, por lo que pasé de largo. Posteriormente reconocí a Barbara, candidata a doctora en antropología por una universidad alemana –y a quien ya mencioné al inicio de este capítulo –detrás de ella y su esposo venía Juan, quien sí me reconoció y, que al saludarlo, me indicó que venía con ambas parejas porque “querían ver el partido de las Gardenias”. Una vez dicho esto, le pregunté si me podía unir a ellos, solicitud a la que accedió.

Don Lucio (reitero, mi principal contacto en el barrio) me había comentado anteriormente que Juan había sido acólito por varios años en la iglesia de San Francisco, situación que lo hacía muy cercano al párroco, Ismael. Menciono esto porque, una vez que me había agregado al grupo de turistas/curiosos, Juan les preguntó –con notorio entusiasmo- si querían conocer la sacristía, espacio donde se prepara el sacerdote antes de officiar la misa. Ellos no vieron el caso pero, por el tono en que lo propuso nuestro guía, accedí con gusto. Lo seguí hasta el recinto, en el que fuimos recibidos cordialmente por el párroco. Comentó que se llevarían a cabo misas cada hora (iban a dar las 5 p.m.) hasta las 8 de la noche, hora en que comenzarían los juegos pirotécnicos y la quema del castillo. Salimos del lugar, hacia la nave de la iglesia. Ismael se ubicó en el presbiterio cuando, de repente, nos miró (a los españoles, eslovacos, Juan y a mí) y caminó hacia nosotros. Como los europeos estaban tomando fotos creí por un momento que nos llamaría la atención pero, fue totalmente lo contrario: ante la mirada, también de sorpresa, de los asistentes, Ismael –originario de Tonalá, Jalisco- nos dijo que

pasáramos a la casa pastoral para comer algo. Ante tal acción, todos accedimos inmediatamente.



Imagen del altar de la iglesia de San Francisco de Asís el 4 de octubre de 2015

Ya en la casa pastoral, una señora (de unos 65 años) nos comenzó a servir *picadillo* en platos de unicel y refresco en vasos desechables. “Si hubieran llegado más temprano, hubieran alcanzado carnitas”, nos dijo la señora con tono de disculpa. Esto podría sugerir que, en efecto, durante la fiesta se regala comida, por lo menos, a algunos asistentes, y que existe un momento previo de preparación de los alimentos. Al momento en que nos encontrábamos comiendo, se encontraban otras dos señoras en la cocina, por lo que es probable que ellas fueran quienes habían preparado los alimentos.

Ese día no nos fue posible volver a platicar con el párroco. Después de comer

salimos de la iglesia en busca del lugar en el que se realizaría el partido de futbol de las Gardenias (evento que, suponía, era el momento climático de la celebración). Debido a fallas en el alumbrado de la cancha del Maracaná, el partido se realizaría en otro lugar. “Va a ser en el Morelos porque acá no hay luz”, nos explicó Juan. Caminamos por la calle Toltecas hacia el norte para llegar a Rivero, en donde, a unas cuadras, se encuentra aquel deportivo. Aunque al llegar, el lugar se encontraba cerrado y con ninguna señal de actividad en su interior, pude percatarme que los vecinos habían detenido sus actividades laborales y se había volcado al centro de Tepito. Pude observar varias personas en pareja o familias con niños caminando hacia la iglesia de San Francisco.

La información era confusa y cada uno de nosotros tenía una fuente distinta. Regresamos a la Plaza Fray Bartolomé (donde se ubica la iglesia de San Francisco y el Maracaná), pasaban de las 8 de la noche, y el partido estaba anunciado para comenzar a las 20 horas en punto. No había indicios de ningún partido en el Maracaná de Tepito. Revisé en una página de Facebook en donde decía que los partidos de futbol para celebrar al santo patrono se llevarían a cabo en el Deportivo Kid Azteca. Volvimos a alejarnos de la feria, que ya tenía muchos más asistentes que cuando yo había llegado. Llegamos a la esquina de Tenochtitlan y Rivero, para darnos cuenta que en el “Kid Azteca” tampoco habría ningún partido. Estaba vacío el lugar. Serían por ahí de las 20:30 horas cuando regresamos al corazón de Tepito. Ya no había luz del sol pero, a pesar de lo que se dice sobre el peligro de caminar por las calles del barrio, especialmente de noche, se sentía un ambiente tranquilo. Estábamos más preocupados por encontrar el partido y la gente que andaba por las calles no parecía que nos pusiera atención en absoluto.

De regreso en el Maracaná, nos percatamos que, aun sin el alumbrado funcionando, había comenzado el partido de las Gardenias contra el Ebraye. Nos ubicamos al costado norte de la cancha, donde se podía observar, a medias, el juego, debido a la falta de iluminación. Apenas pasados unos veinte minutos de nuestra llegada, concluyó el encuentro. Posteriormente me contarían que las Gardenias se reusaron a continuar porque fueron agredidas con pistolas de pintura que dispararon unos jóvenes (de unos 17 años) desde afuera de la cancha –a unos metros de donde nos encontrábamos, de hecho. Algo decepcionados, los españoles decidieron retirarse. Juan mencionó que lo mejor era cuando encendían el castillo, por lo que esperamos durante unos cuarenta minutos más. Durante ese tiempo, pude observar que la comunidad se reunía en torno al castillo, especialmente llamó la atención que los padres pusieran a sus hijos pequeños sobre los hombros para poder apreciar el evento no es común observar a niños de esa edad en otros momentos del día en las calles del barrio.

La quema del castillo suele ser un evento llamativo que cautiva a propios y extraños. En Tepito no fue la excepción. La comunidad que se reunió afuera del templo de San Francisco esperaba impacientemente la celebración, y lo demostraba con silbidos. Tanto los niños como los adultos observaron atentamente la pirotecnia. Los menores eran los más emocionados de todos, no es de sorprender que sea de las experiencias que quedan más grabadas, según me comentó Juan, quién dice no olvidar las fiestas a las que asistió en su niñez.

Cuando termina el espectáculo de pirotecnia, la gente parece tomar dos caminos: de regreso a su casa o se dirige al baile. “Ojalá no haya muertos este año”, dice entre broma y en serio un hombre que se retira. De igual forma me retiro pues Juan se ofrece

a acompañarnos al metro más cercano. Después de despedirnos de nuestro guía, quedamos la pareja de eslovacos y yo en el metro. Barbara se pregunta: “¿Por qué habrá durado tan poco tiempo el partido de las Gardenias, si era lo principal del día?”.



Fotografía del castillo dedicado a San Francisco de Asís. 4 de octubre de 2015.

Parroquia de La Concepción *Tequipehuca*

El barrio de “la Conchita” se ha convertido, con el paso del tiempo, en parte de lo que hoy se considera Tepito. El comercio se ha expandido por sus calles, pero aún no las han saturado como ocurre en el resto del territorio tepiteño. Existen, además, lugares emblemáticos que han fusionado a los que antes eran barrios vecinos, como el deportivo Kid Azteca y la parroquia de la Concepción Tequipehuca, de donde viene el nombre de “la Conchita” y, debido a una placa que asegura que en ese lugar fue apresado

el “Emperador Cuauhtemotzin”, se le agregó el Tequipeuhca (o Tequipeuhcan): “lugar donde comenzó la esclavitud”.



Recorrido de la Virgen por las calles de Tepito el 8 de diciembre de 2015 (Imagen de Sadoc Hernández).

La fiesta de la Inmaculada Concepción se celebra el día 8 de diciembre, sin embargo, para la celebración del año 2015, las actividades comenzaron desde los últimos días de noviembre. “Lo mero bueno se pone el fin de semana que es (la fiesta), pero sí se hacen cosas antes”, me indica una señora que ayudaba con la logística de la parroquia. Me indica que el calendario de los festejos se encuentra en una lona colgada en el atrio de la iglesia. En dicha impresión (de unos dos metros de alto por uno y medio de ancho), se enumeran los sacramentos que se impartirán desde el 28 de noviembre hasta el domingo 6 de diciembre. En la víspera, el lunes 7 a las 23 horas, se cantan las “mañanitas a la Patrona de Tepito ‘Conchita, la Santísima Virgen María’,” de igual manera se vuelven a cantar a las 6 de la mañana del 8 de diciembre, pero con acompañamiento de mariachi.

Después de las mañanitas se reza el rosario “con ofrecimiento de flores”. A las 8 horas se oficia una misa “con mariachis” que cierra con una convivencia en que se comparten café y pan. Después de la misma, comienza la procesión de la Santísima Virgen María por el perímetro del territorio parroquial. A la vanguardia del recorrido se ubica la imagen, la cual va siendo cargada por cuatro hombres, algunas señoras con globos de colores blanco y azul (colores de la parroquia) además de los sacerdotes de la parroquia. En un punto de la procesión se unió un grupo de *concheros*, quienes acompañaron con las oraciones haciendo sonar sus caracoles y encendiendo copal. Unos metros atrás, avanzan otros parroquianos, algunos con globos, además de la banda de viento y, en esa ocasión, la “Comparsa Charros Los Centenario de Ixtacalco”, cuadrilla de baile compuesta por hombres, mujeres, y niños.

La ruta de la procesión partió de la iglesia de la Conchita hacia el norte por la calle de Tenochtitlan hasta la calle Aluminio, de ahí recorrió unas ocho o nueve cuadras hacia el este hasta llegar a Cananea en donde dio vuelta la imagen al sur para tomar Alfarería hasta la calle de Panaderos (a unos metros del altar de la Santa Muerte) en donde tomó camino al poniente para avanzar por la calle de Peñón. Al llegar de nuevo a Tenochtitlan, la procesión avanzó una cuadra hacia el sur para continuar por Rivero, después hacia el norte en Jesús Carranza hasta Granada, para finalmente regresar a la parroquia.

El itinerario de la fiesta sigue con varias celebraciones como misas y rosarios; de entre ellas destacan la coronación de la “Reyna Tequipehuca-Tepito [sic]”, categoría infantil, y finalmente, la quema del castillo a las 21 horas. Cuando finalizó la misa de seis de la tarde, los parroquianos participaron en una actividad en la que pasaban al altar a

depositar limosna y, a cambio, una señora les daba un prendedor para colocarlo en el velo de la imagen de la Virgen. La fina de personas, debía pasar, después de dar su cooperación, por debajo del velo. Mientras hacían este recorrido, varias personas tocaban la imagen, se persignaban, o daban el prendedor a sus hijos para que ellos lo colocaran.



Fotografía del altar de la parroquia de la Concepción Tequipeuhca. (8 de diciembre de 2015)

En esta ocasión no tuve la fortuna de encontrar a algún conocido del barrio, por lo que comencé a hacer el recorrido por mi cuenta. La feria se encontraba alrededor de la parroquia, espacio que es utilizado cotidianamente por vendedores de artículos de segunda mano que colocan su mercancía en el suelo. Comencé a caminar también por las calles aledañas a la feria. No encontré un número de personas circulando por las calles como el día de la fiesta de San Francisco de Asís (era un día martes pasadas las

20 horas), sin embargo se podían ver a algunas familias dirigiéndose a la feria.

Pasados unos minutos de las 21 horas, la gente comenzó a reunirse en el atrio de la parroquia. El castillo estaba colocado en la azotea de un edificio aledaño al templo, en el cual se encuentran salones donde se llevan a cabo actividades comunitarias como talleres y catecismo. A diferencia de lo que pasó en “San Pancho”, no habían más que un par de niños en los hombros de sus padres. El párroco, Juan Carlos, fungió como animador del evento, coordinando las porras a la Virgen, y exhortando a los asistentes a gritar consignas. “¿Cómo está la Conchita?”, preguntaba el sacerdote, a lo que la gente contestaba al unísono con un “bieeen”, él primero, sin embargo, los corregía diciendo: “se dice ‘de fiesta’.”

Cada que se encendía una parte diferente del castillo la gente vitoreaba. Debido a la cercanía del castillo a la gente –y la diferencia de altura –varias veces la gente expresaba que algún pedazo de material del castillo les había caído en la cara. A pesar de esto, la fiesta se llevó a cabo con armonía y un ambiente familiar.

La fiesta de la Conchita fue, sin duda, menos elaborada que la fiesta de San Francisco de Asís. Para la preparación de la misma, tampoco había una mayordomía, según lo que me comentaron. Los recursos para la fiesta son recaudados por el párroco y un grupo de voluntarias (casi en su mayoría mujeres de entre 45 y 65 años), quienes se encargan de contratar al sonido (que en el año 2015 fue Sonido “El Memín”), a la banda, el castillo, y la cuadrilla de baile. Por otro lado, el espacio para la fiesta se gestiona también entre los interesados en poner puestos y la parroquia.

Parroquia de Santa Ana Atenantitech

La fiesta de Santa Ana se lleva a cabo el 26 de julio y, aunque en ese momento de mi investigación, estaba concentrado en otros aspectos del barrio, tuve la oportunidad de ver la feria que se ubica en la plaza de Santa Ana (ubicada frente al atrio de la iglesia), así como en el carril de izquierda de la calle Peralvillo. Los tradicionales puestos de comida con tostadas, tacos, pan, pizzas, así como los juegos de destreza como las canicas, tiro al blanco, y los juegos mecánicos.

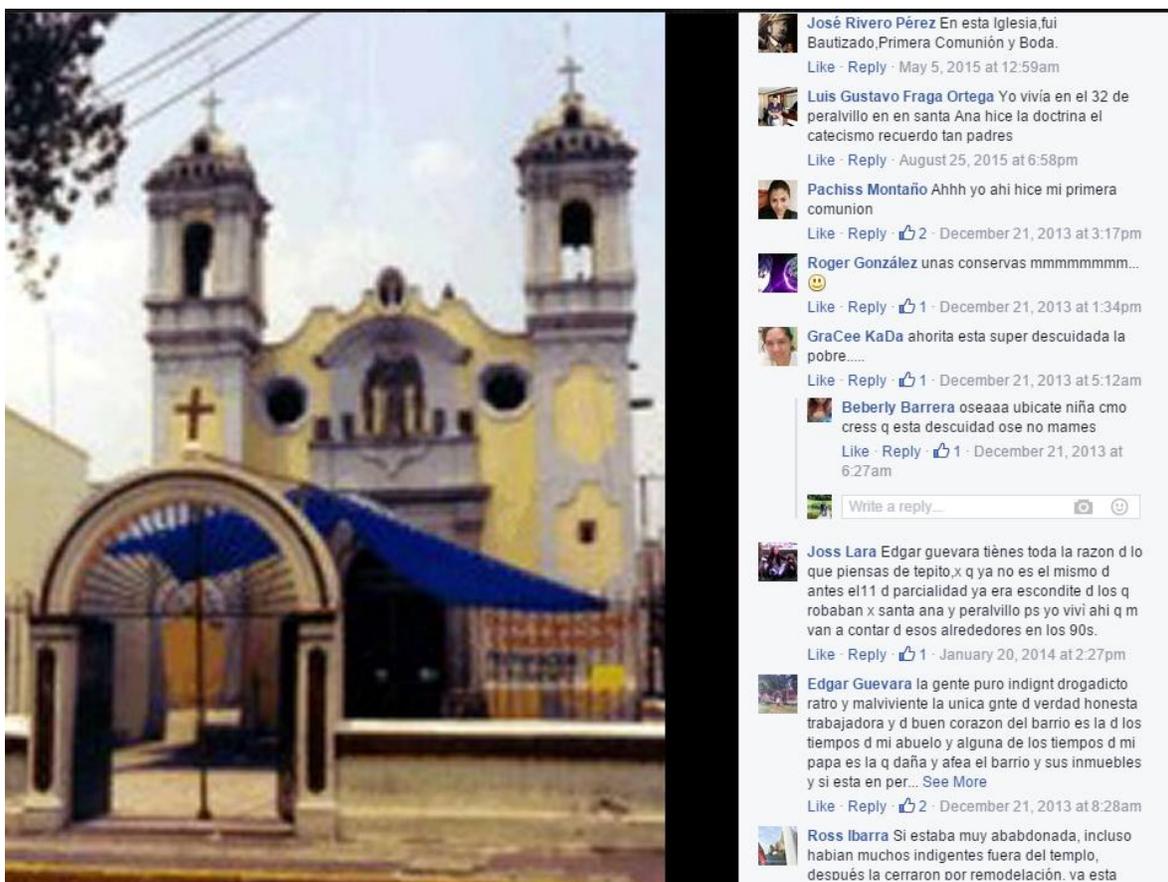
No tuve la oportunidad de presenciar ni la serenata (que se lleva a cabo en la madrugada del día 26), ni la quema del castillo. Pude recopilar información por medio de Facebook, en donde varias personas habían subido videos de los recorridos de la imagen así como de una peregrinación a la Basílica de Guadalupe.

Al investigar sobre la fiesta, me encontré con un descontento común con respecto a algunas actitudes del párroco. Al parecer, no se olvidaba que, a unos días de distancia, el sacerdote les había impedido colocar algunos juegos infantiles en el atrio de la iglesia (el cual está enrejado) en lo que los vecinos encontraban dónde colocarlos y que nadie se los fuera a robar. La respuesta que recibieron del clérigo fue pedirles \$500 por día que quisieran guardar dichos juegos. La indignación no se hizo esperar, y a esto se sumaron otras quejas sobre el manejo de la iglesia y la fiesta. “Ya no es lo que era antes”, se volvió en la frase más recurrente.

La importancia de la ubicación de Santa Ana

Me parece pertinente dedicar algunas líneas a la importancia de la ubicación de la iglesia de Santa Ana. A diferencia de las iglesias de la “Conchita” y San Francisco, que se

encuentran totalmente rodeadas por vendedores, Santa Ana es de fácil acceso, pues en la calle Peralvillo, no están colocados puestos comerciales. El acceso es sencillo en automóvil y, en transporte público, se encuentra a cuatro calles del metro Lagunilla (unos 500 metros), relativamente cerca el metro Garibaldi (unos 800 metros) y a una cuadra de Paseo de la Reforma.



Toma de pantalla de un post de Facebook de la página “Tepito Antiguo”. Del lado izquierdo la imagen de la parroquia de Santa Ana y, al lado derecho, en los comentarios, algunas opiniones sobre la iglesia.

Si bien me pareció que la participación en la fiesta de Santa Ana es menor a la de las otras dos parroquias (por el tamaño de la feria y la falta de referencias hacia la misma en conversaciones), tiene mayor relevancia cuando se habla de las celebraciones de

ciclo de vida. Esta situación es comprensible si tomamos en cuenta que la accesibilidad de las otras dos parroquias es mucho más limitada que ésta.

En el post de Facebook anterior se habla de la inseguridad en los alrededores de la iglesia de Santa Ana, otra de las principales razones por las que cada vez es más raro que los habitantes de Tepito utilicen las parroquias para celebrar bautizos, bodas, u otros ritos en los que se invita a gente que viene de fuera del barrio. Al respecto, Don Chava (artesano del barrio que elabora muebles con viejas refacciones automotrices), me comenta:

Los jóvenes ya no se casan... las mamás no llevan a sus hijos al catecismo. Es algo que se ha ido perdiendo. (...) Llegué al barrio (de Tepito) en 1959 con mi mamá. Me enamoré del barrio porque siempre encontraba reuniones de todo tipo y la gente era tan cooperativa que se unían en las fiestas o en algún velorio y así fue que me enamoré más del barrio. Me casé en 1967 con la hija de un sastre que vivía en (la calle de) Peñón, en la iglesia de Santa Ana. Duramos 13 años juntos y tuvimos 3 hijos.

Si bien Don Chava es un ferviente guadalupano (se pueden encontrar imágenes de la Virgen de Guadalupe por toda su casa), es bastante crítico de la Iglesia católica –entre otras instituciones-. Para él, algunas de las razones por las que la comunidad ha perdido el interés en las actividades relacionadas con el templo de Santa Ana, es porque los ministros católicos no dan un buen ejemplo y alejan, con sus acciones, a los creyentes. Dicha situación, en su opinión, ha orillado a que las personas opten por nuevas figuras a quienes entregar su fe, como la Santa Muerte. Esta postura crítica ante la Iglesia, es compartida por varias personas en el barrio, quienes consideran que los sacerdotes

sólo están orientados a lucrar con la fe de las personas.

Los espacios de las fiestas patronales en Tepito, son celebraciones en que es posible apreciar un Tepito *profundo*, que difiere de la imagen construida, especialmente, en las notas periodísticas referentes al mercado negro, al comercio “informal”, o incluso al deporte. El principal aspecto que parece caracterizar dichos espacios es la emergencia de *otro* Tepito, es decir, podemos considerar a las fiestas como eventos en el *ahora*, donde **pareciera** surgir un momento “de antes”; es decir, de cuando existía otro tipo de convivencia y una forma diferente de intimidad entre los habitantes del barrio.

Sin embargo, ante esta apariencia, esta etnografía sugiere la existencia de un orden no-lineal en la cronología del barrio, es decir, la posibilidad de coexistencia de múltiples tiempos. En este sentido, recuerdo una frase de Fernando -escritor tepiteño- cuando me dijo que “si Darwin viniera (a Tepito), se iría de nalgas”, haciendo referencia a que no se podía encontrar una lógica “evolutiva” que pudiera explicar las aparentes contradicciones del barrio. Para ejemplificar dichas incoherencias, podemos nombrar la gran cantidad de dinero que se maneja en Tepito y el contrastante con el paisaje de pobreza y falta de servicios en sus calles; o también la dinámica social, que, si bien es muy parecida a la de comunidades pequeñas, se ve enfrentada a la naturaleza abrumadora del mercado global, evidente en la variedad de las mercancías que se ofrecen en el tianguis. De tal forma, dentro de la lógica de simultaneidad temporal, ese *otro* Tepito, oculto para los que son ajenos a él, no ha dejado de existir, por el contrario, permanece, en un aparente segundo plano, eclipsado, en mayor medida, por las actividades comerciales.

Capítulo III.- “Tepito está ahí, nada más que no se ve... Estamos secuestrados por el comercio”.

En este capítulo nos enfocaremos a la descripción de varios aspectos del *otro* Tepito, el de los que luchan por hacerse evidentes, incluso llegando a considerar que están en “resistencia” ante la comercialización de los espacios del barrio.

Como protagonista de los esfuerzos por “rescatar” a ese barrio de su “secuestro”, por medio de la educación y los oficios, tenemos a Don Lucio, promotor cultural, maestro zapatero, y mi principal interlocutor dentro del barrio.

Don Lucio, con su Red de Espacios Culturales de Tepito, y los proyectos Martes de Arte en Tepito y Casa Barrio, intenta “ganarle” espacio a la explotación comercial en beneficio de la “cultura” y la capacitación. Dichos esfuerzos están respaldados por las críticas de los vecinos ante la basura que resulta de la actividad del tianguis, el crimen organizado, así como la drogadicción, principales males identificados por los tepiteños.

Martes de Arte en Tepito

Durante los recorridos realizados por el barrio, me quedó claro que el ritmo con el que se debe caminar (si no se quiere estorbar, tropezarse, o chocar) debe ser muy rápido. Es necesario estar muy atento, despertando todos los sentidos, para caminar ágilmente ante todos los obstáculos. El olfato nos orienta entre los puestos de comida (tacos, quesadillas, etc.), las *chelerías* (espacios donde se preparan cervezas con limón, salsa, sal), los fumadores de marihuana, o hasta los orines (debido al ritmo caótico del

tianguis, es más práctico orinar detrás de los puestos, es decir, en las paredes de los inmuebles); la vista se desarrolla para ser periférica, es decir, no tener un punto fijo de atención, sino una percepción más completa del panorama de esta forma podemos estar al pendiente de no pisar alguna bolsa de plástico, gancho para ropa, o cartón tirados en el piso y así, evitar algún resbalón. De igual forma, puede ocurrir algún accidente si no se está atento a las señales auditivas como los silbidos, cláxones de motoneta, o gritos como *jahí va el diablo!*⁹. Es mejor estar atento, y voltear la cabeza constantemente, a lo que sucede a nuestro alrededor. Ante tantos estímulos, la vida de los vecinos del barrio se ve, notoriamente, influida.

Es dentro de este marco de constante movimiento, que encontramos la Plaza (o Foro) Martes de Arte en Tepito (donde pasé gran parte de mi trabajo de campo en el barrio). Este lugar, de unos 170 m² de área, se encuentra ubicado en la esquina que forman el Eje 1 norte Héroes de Granaditas y el Eje 1 oriente Vidal Alcocer. Este lugar, después de los planes de desarrollo urbano que comenzaron en los años setenta, quedó sin un uso determinado. Después de la reconstrucción del centro de la ciudad, motivado principalmente por los sismos de 1985, se estableció como un foro público, pero sin un uso específico, y sin mantenimiento regular.

Desde 2004, Daniel Manrique¹⁰ y Don Lucio –zapatero y promotor cultural al que me he referido anteriormente- comenzaron un proyecto para “llevar cultura al barrio”, el cual incluía talleres comunitarios e, incluso, un mural pintado por Manrique en las

⁹ Carretilla en donde se transportan las mercancías.

¹⁰ Daniel Manrique, fue uno de los fundadores del movimiento artístico y político “Tepito Arte Aquí”. Falleció en 2010 y fue un amigo cercano y gran influencia para Don Lucio.

paredes de la plaza, “como forma de apropiación del espacio público”. Cerca de diez años después, Don Lucio, junto con otras personas, encabezó un proyecto para participar en un concurso del gobierno del Distrito Federal llamado “Programa Comunitario de Mejoramiento Barrial”, por parte de la delegación Cuauhtémoc. La propuesta fue aceptada y recibió un apoyo de 450 mil pesos, para el periodo de diciembre de 2014 a febrero de 2015. Durante esos meses, la plaza fue rehabilitada, pues se encontraba llena de basura y era utilizada por varias personas, especialmente en las noches, para dormir, defecar, u orinar, lo cual teñía el lugar de “un olor insoportable” (esto en palabras de Carolina, quien trabaja en la plaza como estilista). Las rejas logran aislar la plaza del comercio, ya que antes los puestos también se ubicaban en la plaza.



Fotografía de la Plaza Martes de Arte durante el homenaje póstumo a Daniel Manrique con motivo de su quinto aniversario luctuoso. (Agosto de 2015).

A partir de entonces, el perímetro de la plaza, al norte y oriente está delimitado por barrotes de unos 2 metros y medio de altos, pintados de colores. Al poniente colinda con un supermercado, y al sur con una casa. Existen dos entradas, también al norte y al

oriente, aunque sólo esta última es utilizada cotidianamente. En las horas en que no hay actividades, la plaza se encuentra bajo llave. Al interior del lugar es posible observar una plataforma que sirve de escenario o, para sentarse cuando no hay eventos. La mitad del lugar se encuentra bajo techo. En las paredes es posible apreciar el mural de Manrique restaurado (en 2010 por Iván Cortés). En la estructura que constituye el techo, existe una instalación eléctrica, también, junto a la plataforma existe una cisterna. En el lado norte, así como al oriente, y al norte, hay pequeñas jardineras con plantas. Durante la parte final de mi trabajo de campo, fueron instalados tres bancos y tres contenedores de basura.

Este lugar, también conocido como “Plaza Daniel Manrique”, alberga una serie de actividades recreativas -durante todos los días de la semana- como clases de música, de baile (salsa, bachata, cumbia, *tíbiri tábara*, y tango), clases de pintura (los martes por parte de la Escuela al Aire Libre de Tepito, ELITEP), además de foros de discusión y debate (jueves de “El choro del gallo”, o “Viernes de la palabra”), y el “taller libre del arte del calzado” -dirigido por Don Lucio- el cual parte de la premisa de que “es el momento de recuperar nuestros oficios y volvernos nuestros propios patrones”. Además de estas actividades, que siguen una programación semanal, existen eventos especiales que incluyen obras de teatro, proyecciones cinematográficas, o conciertos, todas ellas con el visto bueno de Don Lucio, principalmente, y Juan (“mano derecha” de Don Lucio, y a quien también mencioné anteriormente en el texto). Cabe mencionar que todas las actividades son gratuitas o, algunas clases, se pagan directamente al profesor. El apoyo del gobierno sirvió para rehabilitar el lugar en su infraestructura.

Martes de Arte, como parte de la Red de Espacios Culturales de Tepito (colectivo

que, básicamente, son Don Lucio y Juan), recibe también la visita de investigadores y estudiantes nacionales o extranjeros, los cuales tienen algún proyecto relacionado con el barrio. He conocido a Mauricio, estudiante de arquitectura de La Salle; a Pablo y Ana, pareja española que asesora a Don Lucio con un proyecto llamado “Casa Barrio”; a Barbara¹¹, candidata a doctora originaria de Eslovenia; un grupo de estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México (del Colectivo Che Guevara) quienes imparten, a jóvenes del barrio, cursos de preparación para el examen de ingreso a dicha universidad; y a un grupo de estudiantes de la Universidad Autónoma Metropolitana, que han trabajado por cuatro años en la “Escuela de Paz Tepito”.

Si bien hay actividades a diario en la plaza, es en martes cuando la plaza registra su mayor afluencia, ya que por la noche se convierte en la “Pista Martes de Arte”, y alberga el tradicional baile de cada semana. Durante los martes, el ritmo del barrio es completamente diferente (de ahí que se le haya nombrado así a esta plaza, verdadero oasis ante el ritmo cotidiano del barrio), este día fue elegido después de los sismos del año 1985, como el día de descanso de las actividades comerciales, ya que era un día bajo en ventas y, sin la presencia de los puestos, podía pasar la maquinaria destinada a levantar los escombros o para dejar el material que serviría para reconstruir las viviendas afectadas o derrumbar las existentes para construir condominios.

En ese día, es posible apreciar las calles vacías, los “esqueletos” de los puestos al descubierto, quedan en el piso vasos de cerveza, ganchos de ropa, y bolsas de plástico,

¹¹ Eslovaca a la que me referí en el capítulo pasado y que, por otro lado, llevó a Don Lucio y Juan a participar en un congreso internacional sobre “turismo en barrios considerados peligrosos”, en Kingston, Jamaica.

recordando que el día anterior hubo tianguis. Poca gente (en comparación con los demás días de la semana) camina por las calles. No se escuchan las bocinas estridentes de los puestos que ofrecen piratería. Queda al descubierto la arquitectura del barrio. Encontrar la plaza Martes de Arte es considerablemente más fácil, pues los demás días queda totalmente oculta por los puestos comerciales.

Las actividades en la plaza durante el martes, comienzan a partir del mediodía (al igual que los demás días): se instalan en el lugar dos señoras masajistas, Yolanda y Raquel (de unos 50 años ambas), cada una arma su silla de masajes en donde atienden a las personas por un precio que va de los \$35 a los \$50 dependiendo del masaje. También colocan una mesa entre ambas, en la que están dispuestos varios productos naturistas. Es de llamar la atención que, a pesar del ruido del tránsito de vehículos y gente afuera del lugar, además de los olores de los puestos de comida vecinos (tacos y tortas), las masajistas logran el propósito de relajar al cliente mientras hacen su trabajo. Los masajes pueden ser en un área lastimada del cuerpo, en específico, o para relajar espalda y brazos. Por lo que ellas dicen –y también alcancé a ver durante el tiempo que pasé en la plaza- atienden a igual número de hombres y mujeres. En particular, a los varones se les hace quitarse o subirse la playera. Cuando el masaje termina, ambas señoras hacen un movimiento con las manos como si sacudieran la espalda de la persona, y después ellas mismas se sacuden el torso y los brazos, muy al estilo de las *limpias*, estos movimientos son “para no quedarse con las vibras que trae cada persona”, según comentan. Ambas masajistas trabajan de lunes a viernes, y a veces, en fines de semana.

Otra actividad cotidiana es el corte de cabello. Dos estilistas, Marcela (de unos

55 años) y Carolina (alrededor de los 45 años), que trabajan generalmente de lunes a sábado, en un horario de 1 p.m. a 6 p.m., son las encargadas de dar este servicio. Cobran \$35 a los hombres y \$40 a las mujeres; ellas, al igual que las masajistas, tienen acceso a este espacio en convenio con Don Lucio, y no pagan ningún tipo de renta. Debido a que, quizá son las personas que más tiempo pasan en Martes de Arte, son quienes tienen más noción de lo que sucede en la plaza. Especialmente, Carolina participa de manera activa en el mantenimiento de la plaza. Por ejemplo, da de \$5 a \$10 a los chavos de la calle que se ofrecen a sacar la basura del lugar¹², o da aviso a Don Lucio o a David (ebanista que también “supervisa” lo que pasa en la plaza) de cualquier “indigente” que llegue a dormirse dentro del espacio. Es necesario decir que la gestión de la plaza no tiene ningún beneficio económico; se hace *pro bono*.

Durante el periodo de mi investigación, pude observar que, casi cada martes, alrededor de las 6:30 p.m. comenzaba el montaje del sonido que utilizado para el baile. Usualmente se trató del Dj Flakito Mix aunque, eventualmente, también asistió algún invitado para amenizar el baile llevado a cabo semanalmente (salvo raras excepciones). Pude percatarme que en dicho montaje, participaban de tres a cuatro hombres, quienes descargaban de un camión las bocinas, la cabina de sonido, y luces para luego ser instaladas en la plaza. Una vez que el equipo electrónico se ha instalado en su totalidad, comienzan las pruebas de audio. El responsable de coordinar estos eventos, es conocido como el Chilaquil. Éste hombre (de unos 35-40 años), supervisa el montaje del sonido, se encarga de autorizar o negar la entrada a las personas (generalmente si éstas se

¹² Cuando comencé la investigación, los residuos se depositaban en dos botes de pintura vacíos, meses después, la delegación Cuauhtémoc instaló tres contenedores fijos de metal.

encuentran en estado inconveniente) así como de sacarlas del lugar. Por otro lado, él administra el dinero recaudado al final del día, resultado de la cuota de \$5 por persona, que cobra en la entrada un hombre en silla de ruedas. Esta “cooperación” es para los “gastos del sonido”, según he escuchado, por lo que debe repartirse entre los involucrados de montar el evento. El Chilaquil también es responsable de dejar la plaza limpia, y dejar cerrado el lugar. Siempre, el encargado de la última actividad de cada día, es el responsable de cerrar con candado la plaza.

Durante mi periodo de observación en el barrio pude apreciar que, alrededor de las 7 de la tarde, se reunía un grupo de unos diez o doce adultos mayores (más de 60 años), entre hombres y mujeres, que llegaban uno a uno (a veces en pareja), se saludaban, apartaban un lugar en los escalones de la plataforma de la plaza (con pedazos de cartón, alguna prenda de vestir, o paraguas) y comenzaban a bailar danzón. Las mayores partes de estas personas, eran pensionadas o dependientes de algún familiar y casi la mayoría vecinos del barrio.

Cabe mencionar que llama la atención de varias personas el ver bailar a los adultos mayores, por lo que es común ver cómo se acumulan espectadores que se recargan en los barrotes de la plaza, por la parte de afuera, para observar e, incluso, tomar fotos o video. Los que ahí se reúnen para bailar no son indiferentes a esta situación, al punto que, algunos de ellos, se distinguen por “presumir” sus pasos de baile, o sus prendas de vestir.

En particular, los varones son los que más cuidan su aspecto, pues utilizan calzado especial para bailar u otros, como Sergio (comerciante tepiteño de unos 60 años

aproximadamente), quien utiliza trajes especiales para la ocasión, al estilo *pachuco*. Este último, con sombrero, cadenas, y prendedores, me comenta que lleva muchos años asistiendo al baile (por más que le pregunté por cuántos años, sólo me respondía que “muchos”), que tiene distintos trajes que manda confeccionar a la medida. Es muy vistosa su forma de bailar, a veces bailando con dos o hasta tres señoras al mismo tiempo. Es común que el sonido le reconozca esto, refiriéndose a él como “Sergio el bailarador”. Don Lucio me comenta que, varios de los “viejos” que vienen a bailar, vienen para distraerse de sus problemas cotidianos. En un baile, me dijo: “mira, esa señora me ha dicho que viene porque su vida está de la chingada, a su hijo lo metieron al reclusorio, y ella viene para no estar pensando en eso”. Aunque también era crítico: “ve estos viejitos ya nada más se levantan para venir acá a bailar, es lo único que les importa, si se pusieran como uno a ver cómo pueden mejorar el barrio, otra cosa sería”.

Generalmente, noté que a las 8 p.m., comienza a cambiar el género musical, dando paso a la cumbia y salsa. En este punto del evento, también ha cambiado la gente que ocupa la plaza. Personas desde los veinte y hasta los cincuenta años comienzan a llegar, saludan a sus conocidos, conviven, bromean, y bailan. Existe constante interacción entre las personas que ponen la música y los asistentes, ya sea porque los segundos pidan canciones, o porque los primeros utilicen el sonido para bromear o *cabulear* a alguien. Llegan a haber unas 200 personas en el evento que se desarrolla hasta las 10pm (oficialmente) o hasta las 11pm, cuando la gente pide “otra”.

En los bailes a los que asistí, fue común percatarme de que los asistentes intercambiaran impresiones sobre la forma de bailar de la gente reunida en la plaza; por ejemplo, “mira, ese cuate baila bien, pero brinca mucho”, “parecen chapulines”,

“parecen *chinicuiles*¹³”, “esa chava baila bien”, “ese cuate tiene buen ritmo”. A la mayor parte de los bailes en Martes de Arte que asistí, coincidí con “el Japonés” (de unos 38-40 años, es inconfundible por andar rapado) quien da lecciones de baile en la plaza y encabeza un grupo de baile llamado Club del Montón (del cual es coreógrafo) y quien es recurrentemente reconocido por el sonido del evento. Durante los martes no hace coreografías, ya que la plaza está muy llena y no hay lugar para esto, pero tanto él como varios miembros del Club del Montón, asisten y bailan. Para el Japonés, los estilos de la salsa en línea y los bailes de salón, eran “mariconadas”, “según porque son más estilizadas y se ven más elegantes –me comentó-. Yo bailo como bailaba Tin Tan, *tíbirí tábara*.” Al describir de dónde surgen sus coreografías, me comentó: Soy como los pintores, que empiezan dando trazos y se dejan ir, así yo, empiezo con algún paso y me dejo ir”.

Hacia el final de los bailes en Martes de Arte (por ahí de las 10 p.m.), es común que algunas personas comiencen a reunirse para fumar “mota”, o que ingieran cerveza (no entran con sus botellas, sino que las pasan en medio de los barrotes envueltas en bolsas). En principio esto está prohibido (según el convenio del Chilaquil y Don Lucio), pero es tolerado hasta cierto punto, ya que estas personas se ubican en un rincón de la plaza y no se meten con nadie. Es sólo si alguien comienza a ser imprudente y molestar a otra persona, que se le llama la atención y, si continúa, es retirado del lugar.

Don Lucio, permanece en la plaza varias horas durante el martes, al ser el día de

¹³ Los chinicuiles son los gusanos del maguey. Cuando se les fríe para comerlos, se retuercen, pues siguen vivos. Estos movimientos se comparan a los del baile o hacen referencia a una persona inquieta.

más movimiento. Ese día también es buscado por personas externas, ya sea para una entrevista a medios o para alguna investigación académica. Por ahí de las 20 horas se retira a su casa, un departamento que está a unos 200 metros de la plaza, por lo que se “desentiende” de lo que pasa en Martes de Arte y deja la responsabilidad en el Chilaquil, aunque, es común que también Juan permanezca para observar cómo se desarrolla el baile.

“Estamos en una zona antihigiénica”. Las huellas del comercio en las calles.

En alguna ocasión, me tocó presenciar que un joven, con *mona*¹⁴ en la mano, entró en la Martes de Arte y se recostó hasta quedarse dormido en una de las bancas de la plaza. David entró unos minutos después y fue alertado de la presencia del chavo por parte de Carolina con una mirada. David tomó entonces la escoba que ella usaba para barrer el cabello de sus clientes, fue a donde se encontraba el joven y, utilizando groserías, lo obligó a levantarse para, después golpearlo con la escoba hasta la salida de la plaza. Después de que esto pasó, Carolina me dijo: “Parece muy cruel, pero es que, si no, luego nos ganan; antes (de que pusieran rejas a la plaza) se hacían del baño, se dormían... Apestaba”.

Carolina, que está muy al pendiente de la vida de la plaza, me contó sobre los problemas que han existido con los comerciantes establecidos alrededor del lugar. Existe un par de líderes (vendedores de mochilas), con los que se tuvo que negociar

¹⁴ Droga de muy bajo costo que consta de mojar un pedazo de estopa con solvente o pegamento. Inhibe las sensaciones de hambre y frío. También provoca somnolencia y desorientación.

cuando se pusieron las rejas delimitando el espacio (recordemos que fue durante enero y febrero de 2015). Las uniones de comerciantes se han apropiado del espacio público para dividirlo y rentarlo, por lo que se vieron afectados por cada metro que fueron desplazados. “Acá afuera iban a poner un gimnasio al aire libre, pero la señora esta (comerciante de mochilas) no quiso. Y, a ver, dile algo. Te manda a sus hijos que ya estuvieron en el reclusorio”, dice Carolina aludiendo a que, al haber pasado por la experiencia de la cárcel, eran más peligrosos.

En otra conversación que tuve con la estilista, me comentó que su hija, cuando tiene que ir a Tepito (ya que viven en una colonia más al oriente), se viste muy *fodonga*: “se pone los tenis más viejos que tiene, pantalones viejos también. No se baña ni se peina ese día”. Este tipo de acciones, lo he escuchado varias veces de personas que no son del barrio, y quienes, al parecer, consideran que ir con ropa vieja o gastada, además de no haber tomado un baño, los hace pasar desapercibidos. Conversando después sobre los comerciantes que se colocan alrededor de Martes de Arte, en esa ocasión me comentó:

Yo no entiendo a estas personas, les va bien, ganan bien; yo he visto como luego se ponen a contar los *fajotes* de billetes, y no tienen la ambición de sacar de aquí a sus hijos o que sus hijos los saquen a ellos de aquí. A ese señor (uno de los vendedores de mochilas) le va bien y no tiene hijos profesionistas. Estamos en una zona antihigiénica. Aquí pasan los borrachos y se *guacarean* en el piso, o la gente tira la basura, o también se andan orinando en la calle... Yo, así como me ves con mi mesita (en donde coloca las cosas que utiliza para cortar el cabello), tengo dos hijos en la prepa (...) Aunque sea me sirve para ponerme de ejemplo: ‘pues estudien para que no estén como yo’.

El tema de la higiene y su relación con la exclusión, es un tema profundamente enraizado en el barrio, por lo menos, así lo expresaron las personas con las que tuve contacto. Simbólicamente, el papel del barrio de Tepito ha sido de marginación desde que quedó fuera de la traza original de la ciudad. En la actualidad el tema de la basura es algo que se reclama a los jefes delegacionales, u otros empleados del gobierno local. En el barrio se mantiene la postura de que la mayor parte de la contaminación se debe a la actividad comercial de gente externa, que llega a comprar o a trabajar, y luego se va.



Imagen de la basura en una banqueta del barrio (Fotografía de Gabriel González).

No es raro escuchar o leer (en comunidades virtuales) que se responsabiliza a los

comerciantes de la cantidad de basura que satura el barrio. “Es la misma pinche gente k vende dejan su mugrero en todas partes solo basta en ver sobre el eje 1 norte komo los putos puesteros dejan su mugrero en una parte esta super k los kiten”, escribe Charly, residente del barrio, en la página “Tepito Antiguo”, de Facebook, al respecto de una imagen que muestra una calle inundada porque la basura tapó las coladeras. Otro de los comentarios que pueden leerse, dice literalmente: “Disculpen la expresión, pero vivimos como ratas entre la basura. Nosotros mismos, debemos cuidar nuestro barrio.” Como mencioné en líneas anteriores, también se apunta a que no son vecinos del barrio los que dejan sucias las calles después de que se pone el tianguis, como ejemplo escriben en la citada página: “Eso es x q la mayoría d la gente q deja su basurero no vive aqui pero los lideres no hacen nada” (sic). Finalmente, en este mismo sentido, está la opinión de Giovanni (músico tepiteño que parece hacer activismo político a favor del barrio): “tenemos que hacer que los comerciantes que la mayoría ni son ni viven en el barrio respeten la tierra que nos da de comer a mucha gente, tienen que limpiar el lugar en el que trabajan” (sic).

“Un perro bien educado, no es bravo.”

Una de las principales voces que se ha mantenido a favor de los oficios en Tepito, como antítesis del comercio, es la de Don Lucio, mi principal contacto en el barrio. Él ha sido maestro zapatero, desde su juventud (ahora tiene casi 80 años), y promotor cultural del barrio desde hace treinta años. Es originario de Tepito, y ha tomado la estafeta de sus difuntos amigos Daniel Manrique y Carlos Plascencia, fundadores del movimiento artístico-político “Tepito Arte Acá”, con el propósito de transformar el contexto de

violencia en el barrio por medio de actividades artísticas y de capacitación. Fue reconocido con el premio Carlos Monsiváis al Mérito Cultural en la Feria Internacional del Libro del año 2014, así como un reconocimiento de la UNESCO por su labor difundiendo el oficio de zapatero en Chiapas, ayudando al Ejército Zapatista de Liberación Nacional a formar sus propios talleres de calzado. Esta situación lo llevó, incluso, a participar en las reuniones que antecedieron los acuerdos de San Andrés Larráinzar.

Para Don Lucio, lo que se necesita para sacar al barrio de la situación en la que se encuentra, es “rescatar” los oficios (zapatería, carpintería, hojalatería, etc.) que caracterizaban a Tepito a mediados del siglo pasado. En una conversación al respecto, dice:

Un perro bien educado, no es bravo (haciendo franca alusión al mote de “barrio bravo” con el que se le ha conocido a Tepito)... Sabemos que con cultura, educación, y capacitación, Tepito puede volver a ser ese barrio de gente artesana (...) si te fijas, el símbolo del barrio son los guantes de box, así como el símbolo de la estación del metro, y esto no tanto por lo que dicen de los boxeadores de aquí, sino porque estamos así – dice mientras pone las manos como haciendo guardia de boxeo –en lucha cultural; en resistencia cultural.

Para Don Lucio, la resistencia se da en contra de un sistema (que incluye al gobierno y al comercio) orientado a producir gente alienada, utilizando los vicios (al *grifo*¹⁵ o al alcohol) y la dependencia económica a un jefe o patrón. El maestro zapatero hace

¹⁵ Es decir, la marihuana.

énfasis en que los cambios en las viviendas, modificaron toda la dinámica del barrio: “de ser unidades habitacionales horizontales, se cambiaron a verticales”, me explica con respecto al cambio de vecindades por condominios, transformación que comenzó en la década de los setenta y tomó más fuerza después de los sismos de 1985. El maestro zapatero, me comenta:

Antes, entre todos los vecinos convivían y se juntaban para hacer las fiestas o las posadas y entre todos cooperaban para hacerla en el patio de la vecindad. Ahora ya vives en un lugar muy reducido; ni siquiera conoces al que vive al lado tuyo o al de arriba o al de abajo.

Sobre este tipo de convivencia, también había hablado con Juan, quien me platicó que “antes se hacían fiestas en cada vecindad, e ibas de una a otra, sin problemas”. Para Don Lucio, este cambio espacial produjo “que todo se volviera un negocio”:

Al barrio lo sacaron de las vecindades, lo echaron a la calle, y le dijeron ‘órale, ponte a vender’; pero pues ya habían dueños de ese espacio a los que tenías que pagarles renta (...) al barrio lo engañaron, y lo siguen engañando, diciendo que el comercio es la ‘bujía económica’ para la superación. Y ahí están las consecuencias de hacer de esto un tianguis gigante; no tenemos ya un barrio de artesanos, sino de gente que se dedica a la mala onda. Nos ha desintegrado como familia (...) A los jóvenes ya no les interesan las actividades artesanales, prefieren el dinero rápido y ¿cómo se obtiene?, pues por la mercancía ilegal. Les dices a esos chavos que vayan a la escuela y que estudien, pero en la escuela ven al maestro todo jodido, con el mismo traje y la misma camisa todo el año, ellos piensan ‘no, para eso no voy a estudiar’. En cambio, ven al comerciante cómo saca el *fajote* de billetes...

Ante este panorama, el ámbito religioso también se ha volcado a las calles, por un lado como herramienta para resarcir el tejido social y, por otra, en lo que pareciera ser una pugna por los feligreses. Cabe decir que no es nuevo –ni raro– observar altares en la Ciudad de México cuyo propósito, más que el de ser lugares donde se profese la fe, es que la gente no tire basura o vandalice el espacio público. En Tepito es algo similar sólo que, además, se tiene la idea de que ayudan a rescatar ciertos valores con los que se puede regresar a lo que el barrio “era antes”. Aunque, hasta donde pude entender, no está definido qué momento exactamente es ese, podría apuntar a que es un estado pre-tianguis.

Es interesante el uso de la imagen de la Virgen de Guadalupe como estandarte de este “rescate” de valores. Ejemplo de esto, es el caso del Colectivo ArTepito, quienes han pintado varias imágenes de la Guadalupana en “lugares específicos donde proliferaba la delincuencia”, según dice Ariel, artista plástico, miembro del mencionado colectivo. Él mismo añade que, “por medio de una pintura de la Virgen, los vecinos empezaron a reunirse, poner flores o veladoras. Así comenzaron una convivencia entre ellos”. Incluso Don Lucio, me compartió que él fue una de las personas que colaboraron para poner un altar a la Virgen de Guadalupe en uno de los puntos más peligrosos de la colonia Morelos, con el propósito de disminuir los vicios y la delincuencia.

Sin embargo, el uso de estos altares pudiera llegar a ser contraproducente, como lo que ha pasado con el llamado “Mural de los caídos” (o de los ausentes). Se trata de una pintura que se ubica en una de las zonas más conflictivas del barrio (esquina de Mineros y Carpintería) que plasma una escena de Jesucristo en un carro tirado por dos leones; de fondo se aprecian las imágenes del Señor de Chalma, la Virgen de Guadalupe,

y la Virgen de San Juan de los Lagos; de igual forma, están retratados varios vecinos del barrio que han muerto. A un lado del mural, existe una cruz de madera, de unos cuatro metros de altura, en donde se han grabado los nombres de personas fallecidas. Sin embargo, parece ser que la reputación de esas personas, estaba ligada a actividades delictivas. “A los niños se les dice ‘mira, ahí está el nombre de tu papá’. Y son personas que andaban en cosas chuecas, entonces el *chamaco* piensa ‘yo quiero ser como mi papá’. Los niños siempre quieren ser como sus papás,” opina Don Lucio.

En cuanto a la pugna existente por cautivar a los fieles, existe un enfrentamiento entre el culto “oficial” representado por los ministros católicos (quienes también utilizan la imagen de la Virgen de Guadalupe) y el culto popular, cuyo principal estandarte es la Santa Muerte. A decir de Lucio:

Aquí hay una lucha entre la Guadalupana y la *huesuda*; y no porque le importe a los padres (sacerdotes) de aquí la fe, sino porque sus pinches *cajonzotes* (donde se recolectan las limosnas) que tienen junto a las imágenes, en las iglesias, ya no se llenan (...) La gente se acerca a la Santa Muerte, porque la Guadalupana ya valió madres (...) Mira, esta Queta¹⁶, vendía sopes hace unos 25 o 30 años. Yo me acuerdo porque ahí íbamos a chupar, con mis cuates. Ya, a cierta hora, dejaban de vender en las vinaterías, pero ella nos daba chance de tomar, ahí donde está su casa, si le comprabas sopes (...) Un día se le ocurrió a la señora sacar una imagen de la Santa Muerte así, chiquita (Lucio hace, con las manos, el gesto de que era de unos 20 cm. de alta) y le puso un platito. A la gente le cayó de variedad y le fue poniendo dinero al plato. Después puso otra

¹⁶ Queta es la guardiana del altar dedicado a la Santa Muerte ubicado en la calle de Alfarería número 12, en la colonia Morelos.

(imagen) más grande, hasta la que tiene ahora (Queta tiene unos quince años con la imagen actual). Todo se vuelve negocio. Esa señora ya es millonaria.

Cabe acotar que el culto a la Santa Muerte se ha querido vincular con la “bravura” del barrio, es decir, a aspectos que se relacionan con violencia, delincuencia o, incluso, a la magia negra. Sin embargo, existen factores mucho más diversos y los devotos a esta figura, tienen infinidad de motivaciones, no están limitados a actividades ilegales. Por otro lado, hablando estrictamente, podemos decir que el altar que resguarda doña Queta, ni siquiera está en el territorio de Tepito; en alguna conversación, ella misma me ha dicho: “aquí no es Tepito, aquí es la (colonia) Morelos”. La calle de Alfarería se encuentra del otro lado de la Avenida del Trabajo, frontera poniente del barrio.

Por otro lado, aunque es muy complicado saber qué cantidad de tepiteños son devotos a la “Niña Blanca”, sí podemos afirmar que la mayoría de la gente que visita el altar, acude desde otras regiones de la zona metropolitana. Lo anterior basándome en los eventos que congregan a la mayor cantidad de adeptos: los rosarios que se celebran el primer día de cada mes, a las 17 horas. Durante ese día, es posible observar el movimiento de personas, con las *santitas* en los brazos, circulando entre la estación del metro Tepito y el altar de Alfarería 12. Incluso, cuando termina el rosario, se invita a que “para evitar incidentes y la seguridad de todos” la gente camine en grupo al metro. Para la gente del barrio, no sería necesario tomar transporte, regresaría a sus hogares caminando.

Con lo anterior no me propongo cuestionar la innegable influencia que el culto a la Niña Blanca ha tenido en Tepito, pues sería cerrar los ojos ante lo que ocurre en sus

calles –donde es común encontrar altares que incluyen imágenes católicas mezcladas con las de Malverde y la Santa Muerte –sino más bien porque mi evidencia etnográfica apunta a aspectos diferentes a los relacionados con la delincuencia. Para Don Lucio, esta devoción crece porque existe un sentimiento de abandono por parte de otras figuras, como, la Guadalupana:

En otros tiempos, el ratero al salir de su casa se persignaba ante la Virgencita y le decía: ‘ponme *al bueno*, Madrecita’. ¿Sabes cuál es ‘el bueno’? el que ese día trae buen reloj, trae más dinero, buen celular... ¡Y cuál!, no sólo no encontraba al bueno, sino que se tropezaba y lo agarraba la policía, le daban un *plomazo*, o un *piquete*. También la mamá del ratero le rezaba a la Virgen para que cuidara a su hijo pero, cuando vieron que ya no les cumplía la Virgen, decidieron ir con la Santa Muerte (...) O también, les dicen a las señoras, alguna comadre o vecina: ‘¿no ve cómo estaba la Yola? –dice Lucio entre risas, “porque siempre hay una Yola” –estaba bien mala y véala ahora; récele a la Santa Muerte’. Las señoras que tienen a su hijo bien malo, ya lo llevaron al *simi* (servicio médico de las farmacias Similares), lo llevaron al seguro, le dieron los remedios que alguien les dijo, y no se mejora. Entonces, le pide a la Santa Muerte, y el chamaco se mejora; seguramente por tantas cosas que ya le había dado, porque los milagros no existen.

La imagen exótica que se ha construido sobre Tepito, sirve como un marco perfecto para decir que es el barrio de la Santa Muerte pero, como podría sugerir el testimonio de Don Lucio, es posible que la aparición del altar ubicado en la colonia Morelos –junto a su eventual popularidad –sea, hasta cierto punto, fortuita.

Ante este tipo de expresiones religiosas, Lucio tiene una posición que se asemeja

a la de otras personas en el barrio: respeto ante las figuras religiosas (santos tradicionales o populares), pero con crítica a la Iglesia católica como institución que lucra con la fe. Don Lucio puede no ser el ejemplo de un ferviente católico, pero me comentó en varias ocasiones sobre su asistencia a misa e, incluso, ha compartido en su perfil de Facebook la imagen de San Crispín, patrón de los zapateros. Por otro lado, con respecto a la Santa Muerte, él comparte la visión de otros tepiteños en el sentido de que es una “herencia prehispánica adorar a la muerte”, habiendo incluso quien hace la comparación con Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl, señor y señora del inframundo náhuatl. Doña Queta, en varias oportunidades me ha comentado que no está en contra de ir a la iglesia, ya que a menudo se relaciona el ser devoto de la Santa Muerte con estar en contra del catolicismo. Ella asegura que asiste al templo a “hablar con Diosito”, incluso aconseja a otros hacerlo también, pero no quedarse a las misas. Estas posturas parecen responder a un sentido de autonomía con respecto a la fe, es decir, sin seguir un catecismo. Según la experiencia etnográfica de esta investigación, esta “autogestión” de la fe podría estar relacionada con otros aspectos, como hacerse cargo de la propia seguridad del barrio y de cómo se administra el espacio público, por ejemplo, sin “rendirle cuentas” a alguna autoridad.

Sobre esta forma en que se explota la imagen del barrio, Lucio comenta que existen tres posturas en el barrio (aunque, al principio me decía que eran dos), la del morbo, la cultural, y la *gandalla*:

Esos que dicen que el comercio es la bujía del barrio, esos son puro morbo. Hacen sus tours, sus ‘Safaris por Tepito’, para que, con el morbo, la gente llegue y compre. Nada más le sacan el dinero a la gente... Y ponen en riesgo a esas personas, eh, porque la gente

de aquí no está contenta con eso. Te venden una imagen que no es. Y los que vivimos aquí, ya estamos hasta la madre (...) Mira, por culpa del comercio, hay veces que ni encuentro la entrada de mi casa, de verdad. Hay chavos, que no conocen la fachada de su casa. Eso te quita identidad y arraigo del lugar al que pertenece. Eso le ha puesto en la madre al barrio. Tepito está ahí, atrás de los puestos, nada más que no se ve (...) La cultural, pues así como nosotros que queremos sacar adelante al barrio con la educación (...) La corriente de los *gandallas*¹⁷, esa, pues así como estos cuates que nada más llegan a la hora de la foto.

Dentro de esta última corriente, Don Lucio hacía referencia a una persona del Espacio Cultural Tepito¹⁸ con quien se enemistó. Considera que ese personaje era un “gandalla” por sacar provecho del trabajo de otros para obtener reconocimiento, sin hacer los méritos suficientes. Ubicándonos desde la trinchera de la “corriente cultural”, pareciera que Tepito está, de hecho, secuestrado por el comercio; pero no sólo entendiendo a éste como el de los puestos semifijos del tianguis, sino la comercialización de un concepto llamado “Tepito”. En este sentido, se entendería que se proponga “rescatar” al barrio o que se hable de resistencia. Al respecto, Juan, “mano derecha” de Don Lucio, comentó:

Sí existe resistencia, como este espacio (refiriéndose a la Plaza Martes de Arte), pero se ha perdido eso que había antes que se juntaba *todo* el barrio cuando alguien necesitaba algo. Ahora eso se ve, pero en un sentido más local, en cada calle. Ahí todos *saltan* por el que sea. Luego luego sabe la gente que no eres de ahí, así que nada más te andan viendo,

¹⁷ Una persona es *gandalla*, cuando intenta sacar ventaja de forma ilícita o sin escrúpulos.

¹⁸ Lugar en donde se dan clases a niños, sirve de bodega para las estilistas y masajistas de Martes de Arte, y también se ubican ahí algunos talleres de artesanos.

discretamente. Se ha ido perdiendo esa tradición oral de que, antes, el papá le decía al hijo ‘mira, en esta esquina me *rompí la madre* con tal’ o, ‘en este lado pasó *esto o lo otro*’. Pero ya no. Ya no hay esa comunicación. (...) eso sí, aunque te *hagan paro* los de tu calle, desde chico, lo primero que te dicen es ‘aquí te tienes que aprender a cuidar tú mismo, porque nadie va a estar para defenderte’.

Con lo anterior, Juan hace referencia a que, en otro tiempo, existía una solidaridad que se ha ido reduciendo en escala (de barrio a cuadra) y olvidando a través del tiempo, quizá por el fomento de la competencia y no de la cooperación. Por otro lado, se sugiere de nuevo ese sentido de autoprotección, ya que “nadie va a estar para defenderte”.

El Tepito “Antiguo”

Tanto en conversaciones personales, como en opiniones que pude leer en Facebook, es común apreciar la idea de que existieron “tiempos mejores” para Tepito, caracterizados por un ambiente de solidaridad y cooperación de los vecinos. En otra conversación con Juan y Víctor (residente del barrio al que ya nos hemos referido), les pregunté sobre cuál es el momento de la historia del barrio al que se alude cuando se habla de ese “antes”, en que las cosas eran diferentes; ambos coincidieron en que era una época entre las décadas de los años cincuenta y setenta.

A pesar del crecimiento de la ciudad durante la primera mitad del siglo XX, Tepito no perdió su esencia de barrio “extramuros”, de forma tal que continuó siendo destino de gente proveniente de otros Estados del país, quienes aprovecharon la existencia de mesones y cuartos de vecindad con rentas baratas. Los oficios artesanales

se afianzaron gradualmente, al punto de establecer a las vecindades del barrio como espacios de vivienda, convivencia, y producción, por lo que los lazos de la familia extensa tenían gran cohesión.

“Antes ibas pasando por afuera de las vecindades y ya sabías a qué se dedicaban, por ejemplo, olía a piel o a pegamento y decías, aquí son zapateros, u hojalateros... así ubicabas a la gente”, me cuenta Don Lucio. Para Manrique, la importancia de que regresen los oficios a Tepito, con la fuerza que llegaron a tener el siglo pasado, radica en que no sólo es una forma de autonomía e independencia económica, sino también de conexión consigo mismo y la comunidad. En un documental póstumo, realizado por Eiji Fukushima (2012), explica lo siguiente:

Me fui dando cuenta de la peligrosidad de que Tepito estuviera totalmente inmerso en la *fayuca*. No sé de dónde surge la palabra, pero significa comerciar con objetos traídos del extranjero, disque metidos a México de una manera ilegal (...) Entonces me di cuenta del peligro porque eso ya estaba desestabilizando el trabajo, es decir, estaba atentando contra la cultura popular, que la cultura popular es: saber para qué tenemos las manos. Es, y lo digo de una vez, es recuperar la capacidad del trabajo, recuperar todo tipo de oficios, pero sin patrón (...) En Tepito por muchísimos años, los tepiteños se podían dedicar a lo que quisieran, simultáneamente con la delincuencia, sí, pero había mucho trabajo. Las gentes trabajaban en lo que querían y cuando querían, no se debían a un patrón, se debían cuando mucho a un cliente... en la reparación de lo que fuera; como la reparación de autos, el trato era con el cliente no con un patrón (...) entonces decidí canalizar todo mi trabajo a que, como ahora lo digo, el arte verdadero debe estar íntimamente relacionado con los oficios.

Para Manrique, era fundamental el no depender de un empleador, para lograr libertad creativa y autonomía económica. Existía para él, además, un vínculo esencial entre trabajo y arte, “lo que se produce con las manos”, de ahí que haya estado en contra del comercio de aparatos electrónicos importados, principalmente de Estados Unidos (conocido como *fayuca*) y, posteriormente, del comercio semiambulante sin planificación.

Don Lucio recuerda que conoció a Manrique a finales de los años sesenta y que, aunque sólo estudió la primaria:

Fue como ir a la universidad con él (Manrique). Nuestra universidad fue el barrio. Cuando lo conocí, él ya andaba en el *rollo* de hacer sus murales callejeros. Y ya en la galería José María Velasco nos juntamos, él como artista y yo como zapatero, hicimos casi casi como pacto de trabajo. Ya con su influencia, me digo promotor cultural del barrio. Pero se lo debo a Daniel Manrique.

Don Lucio utiliza su experiencia para dar el taller gratuito del “arte del calzado”, en Martes de Arte, cada domingo. Para él, la capacitación es la mejor forma de “rescatar” al barrio. Al preguntarle sobre cómo es que aprendió el oficio de zapatero, me relata:

Mi padre llegó a la ciudad de México, proveniente de Guadalajara, con un grupo de amigos. Llegaron a probar suerte. No les fue muy bien entonces unos se empezaron a regresar. Le decían que se regresara también, pero él no quiso regresar derrotado. Empezó él, entonces, a aprender el oficio de zapatero, aunque su familia, hasta la fecha, es de joyeros; él sabía ya ser joyero pero se decidió a aprender y llegó a un taller para trabajar de ayudante. Aprendió el oficio hasta que llegó a ser maestro. Él me dijo... me

enseñó su clave para ser una persona exitosa en el ámbito laboral, me dijo: “mira siempre hay que ser acomedidos; no esperar a que te digan qué hacer. Si ya no tienes nada qué hacer, agarra la pinche escoba y barre. A nadie le gusta trabajar en un lugar sucio”.

Así, en el trabajo, conoció a mi mamá. Se llevaron muy bien, se juntaron, porque no se casaron –aclaro –y comenzaron a trabajar por su lado. Mi papá le propuso que se independizaran y que comenzaran su propio taller. Ahorraron y se independizaron, les fue bien y le daban trabajo a conocidos. Así fue como, después, junto con mis cuatro hermanos, aprendí el oficio. Todos colaborábamos en el negocio familiar.

Un día, me acuerdo, que ya me había aburrido y me quería ir a jugar y ¡que hago mal unos zapatos! Me dijeron mis papás, ‘¡oye, estos zapatos se están deshaciendo!’ Me dijo mi padre que no quería malhechos en su casa, ¡y que me corre! Me dijo: vete a conseguir trabajo a otra parte. Y pues ya fui. Primero fui a un taller donde me dijeron que estaba muy chico que mejor me regresara a mi casa. Me regresé, ya estaba yo jugando, hasta se me olvidó que tenía que ir a buscar –tendría Lucio entre 10 y 11 años –. Ahí estaba yo sentado, ¿no? Jugando, cuando en eso pasa mi papá y hace como si fuera a soltar la patada, no me la iba a dar, sólo la *finta*, pero me alcanzó a machucar la nalga. Me cae que todavía me duele –dice Don Lucio haciendo un gesto de dolor mientras se soba y se ríe –Dice mi *jefe*, ‘¡Órale, cabrón, te dije que fueras a conseguir trabajo, ¿qué haces aquí?’ Y Ya ahí voy chillando a pedirle trabajo al compadre de mi papá. Llego y me dice, ‘¿qué te pasó hijo?’ Ya le expliqué y la esposa del compadre quería que me regresara a mi casa, y que fuera él a hablar con mi papá. El compadre ya le dijo: “no, si ahorita regresa, le va a ir peor... Mejor –le dice a Lucio –a ver, ponte a recoger por ahí esas cosas”.

Me aceptaron entonces y seguí aprendiendo y aprendiendo. Llegué a ganar hasta

\$80 a la semana. Un día llegué a casa y me preguntó mi papá, '¿y tú, cuánto ganas?' Ya, le dije cuánto, y me dijo 'bueno pues le das \$60 a tu mamá para el gasto, además, le compras ropa a tus hermanos.' Al final me tocaban como \$5, que eran para comer.

Don Lucio me cuenta que, cuando cursaba el primer año de la secundaria –tendría él unos 13 años –dejó los estudios para dedicarse de lleno al oficio de zapatero. Al respecto, cuenta una anécdota familiar que nos ubica dentro del contexto del barrio a mediados del siglo XX:

Me acuerdo que mi papá nos compró una televisión en Elektra, fíjate, ya desde entonces existía, la sacó a pagos. Pero, ¿qué crees? Que mis papás tuvieron una mala racha en el trabajo y se empezaron a atrasar en los pagos. Y que los empiezan a amenazar con que los van a embargar. Entonces, lo que hace mi padre, es ponernos turnos, a mis hermanos y a mí, para vigilar cuando alguien que no conociéramos entrara a la vecindad. Entonces, teníamos que avisar a mi papá si alguien de traje llegaba para que pudieran cerrar el taller y no entraran a embargar. Casi siempre era falsa alarma, porque llegábamos '¡papá, papá! ¡Ahí viene uno de traje!' y eran vendedores de licuadoras.

Un día llegaron y nos embargaron todo; justo ese día ninguno de los hermanos nos dimos cuenta que llegaron. ¡Y se llevaron todo!, me cae que nada más porque la cama no se la pueden llevar, porque si no... Y fíjate, en ese momento pensé: yo no voy a estudiar porque no me quiero volver *gandalla* como esos.

Don Lucio me cuenta esto y reflexiona: "creo que por eso ahora soy el primero que cree que la educación es lo que puede sacar adelante al barrio". Por su expresión, pareciera como si no lo hubiera reflexionado antes, aunque no se lo pregunté.

El maestro zapatero continúa con su narración sobre cómo se desarrolló en el

oficio, ofreciéndonos una imagen más completa de su historia de vida:

Mi padre no apoyó al principio mi decisión de ya no ir a la escuela, pero seguí trabajando en el taller y, después de unos años, me dijeron unos amigos que estaban contratando gente en un taller de judíos, aquí en (la calle) República de Argentina. Pues fui a ver luego luego de qué se trataba, era mi sueño trabajar en un taller grande. Sí me dieron chance y entré y, ¿qué crees? Al poco tiempo de estar ahí *chambeando*, que se muere el maestro del taller. Los judíos (dueños del taller), convocaron a una reunión para ver quién sería el nuevo maestro, así que tocaron una *chicharra* (timbre eléctrico) para que todos dejaran lo que estaban haciendo y se juntaran.

Ya que estábamos todos reunidos, nos preguntaron quién quería ser el siguiente maestro. Nadie levantó la mano. Ninguno de los *cuates* que había ahí se quería hacer responsable por el trabajo de otros, nada más responder por el suyo. Yo sí alcé la mano, pero no me hacía caso el viejo. Él seguía preguntando que quién quería ser, que iba a tener más dinero, pero nadie se ofrecía. Claro, los que ya podían ser maestros ahí, ya eran más grandes, y pues ya no querían meterse en broncas de responder por otros. Pero pues, aunque yo estaba muy chavo, sí me quería *aventar el tiro*, pero por más que alzaba la mano, no me pelaban.

Después de tanto estar con la mano levantada, dice uno de los judíos: 'a ver tú, muchacho, vete por los refrescos'. Pues ya fui, de malas, pero fui con un chavo que era ayudante. Me dijo el judío que me llevara los *cascos* (envases vacíos) en unas cubetas, me dio dinero, y fuimos. Cuando regresé, me puse a trabajar y, después de un rato, me llamaron a la oficina del judío. Se llamaba Alex; no me acuerdo de cómo se llamaba el otro. Supuse que querían que les devolviera el *cambio* de los refrescos. Llegué a la oficina de Alex y les dije que no había sobrado dinero, había alcanzado exacto, pero no me hicieron caso, me hablaban para otra cosa. Estaban los dos socios y me preguntó

Alex que para qué estaba alzando la mano antes, les expliqué que quería proponerme como el nuevo maestro del taller. Que me dice el judío: ‘¡no, pero si esos son unos hijos de la chingada! ¡Estás muy joven, te van a comer!’ . Le expliqué, con mucha seguridad, que yo podía hacerme responsable porque tenía algo muy importante: el manejo de la gente. No iba a haber ningún problema. Me cae que lo dije tan seguro que convencí al otro socio, porque le decía: ‘¡Pero ve con qué seguridad te lo dice, Alex! –recuerda Don Lucio imitando el acento de sus antiguos empleadores –Deja que el muchacho tome el trabajo’. Así estuvieron un rato discutiendo, y luego ya se pusieron a hablar en su idioma.

Finalmente aceptaron y Don Lucio se convirtió en el maestro del taller. Alex, uno de los dueños, le indicó que terminara lo que tenía de trabajo aquella jornada y no aceptara más, ya que al día siguiente lo presentaría como nuevo maestro. Así pasó, sonó la chicharra una vez más para convocar a una reunión con todos los trabajadores y se dio el nombramiento. Don Lucio trabajaría en aquel taller los siguientes 20 años y 8 meses.

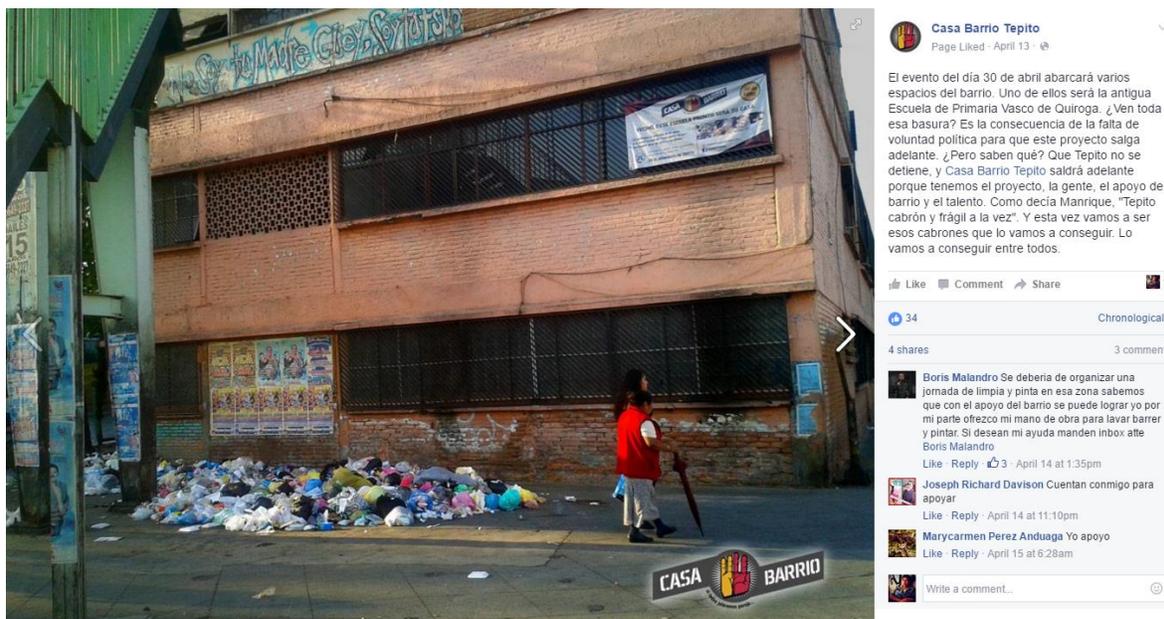
El padre de Lucio nunca estuvo de acuerdo con la decisión de trabajar en ese lugar. Sin importarle que fuera un taller “grande” o que su hijo se hubiera convertido en el maestro en tan poco tiempo, mantuvo siempre una postura: “¿Para qué quieres hacer rico a otro? Trabaja para ti mismo”. Dicha perspectiva es muy similar a la postura de Manrique y a la que, hoy en día, defiende el mismo Don Lucio.

La “Casa Barrio”.

Existe un proyecto, impulsado por Don Lucio, Juan, y Pablo (ciudadano español de unos 33 años que colabora con el contenido digital), que se propone rehabilitar la escuela

primaria Vasco de Quiroga, ya que se encuentra abandonada debido a la deserción escolar, para convertirla en un centro de capacitación para niños y jóvenes del barrio; se le conoce como Casa Barrio. El inmueble está ubicado entre Avenida del Trabajo y Jarciería, a la altura de la calle Panaderos, en la colonia Morelos. A unos 650 metros del metro Tepito.

Durante el tiempo de mi trabajo de campo para esta investigación, pude presenciar parte del desarrollo del proyecto. “Me cae de madres que no me puedo morir hasta no ver este proyecto funcionando”, me comentó en alguna ocasión Don Lucio.



Fotografía publicada en Facebook de la primaria Vasco de Quiroga, lugar en que se plantea fundar la Casa Barrio. En la publicación se hace referencia a la cantidad de basura que se encuentra afuera de la escuela debido a la “falta de voluntad política”.

Para sacar adelante el proyecto, los mencionados miembros del equipo esperaron al cambio de administración local, tanto de la delegación Cuauhtémoc como Venustiano Carranza, ya que no había buena relación con los funcionarios anteriores. A finales del

año 2015, con la entrada de los nuevos jefes delegacionales, continuó favorablemente el desarrollo de la Casa Barrio.

Además del trabajo de Don Lucio, Juan, y Pablo, el proyecto contó también con el apoyo de un joven estudiante de arquitectura, de nombre Mauricio, quien elaboró un plan y una maqueta para las presentaciones de Casa Barrio en varias partes del barrio de Tepito.

Casa Barrio, se propone ser “un espacio multidisciplinario en el que se imparten talleres de artes y oficios, exposiciones, espacios de creación, danza y bailes, asambleas, así como conferencias”, según se anuncia en un video promocional.

El proyecto, impulsado por Don Lucio, parece estar por concretarse (al momento en que se escribieron estas líneas) y cuenta con apoyo de un número importante de vecinos –muchos de ellos asistentes a las actividades de Martes de Arte –quienes manifiestan que es necesario un proyecto de este tipo para combatir los “males” de la juventud del barrio, que son, según la mayoría de las opiniones: la delincuencia, la basura, y la drogadicción.

“Hay muchos lugares que según son públicos y están privatizados –me dice Don Lucio –otros, ya los viste, parecen basureros, y otros están abandonados... eso pasó con esa escuela (primaria Vasco de Quiroga)”. Sobre su oposición al crecimiento desordenado del comercio en las calles, me dice: “Ya le he ido bajando al volumen, porque tampoco se trata de estarse peleando con todo mundo”, refiriéndose a que ha optado por un perfil bajo para poder evitar confrontaciones y llevar a cabo sus proyectos culturales. “Los chavos ven a sus maestros todos jodidos, así que se enfocan

en obtener dinero fácil; pero sin capacitación ni educación, van degenerando en conductas como la violencia y las adicciones”. De acuerdo con las gestiones realizadas con la delegación Venustiano Carranza, el 30 de abril de 2015 se abrirá la escuela. “La vamos a limpiar y todo; me cae que barriendo el salón y trapeándolo, ya podemos trabajar”, dice Lucio con palabras que recuerdan a las que le decía su padre en cuanto a tener limpio el lugar en donde se laborar.

El Tepito que “no se ve” parece ser, para los difusores de la cultura y la capacitación, un barrio con valores basados en el trabajo, la cooperación, y el arte. “Recuperar la cultura de Tepito, a través de las artes y oficios, y unificar ambos en un único espacio”, es la propuesta de Casa Barrio, según se puede leer en los folletos que la promocionan. Pareciera ser algo semejante a lo que pasa con las fiestas patronales, la coexistencia de varios tiempos en el presente.

Se habla de “rescatar” y “recuperar” un Tepito con oficios y valores que caracterizaron al barrio a mediados del siglo XX. Cuando se habla de un Tepito que no se ve, pareciera hablarse de que está guardado –incluso “secuestrado” –o que está latente, pero nunca que está desaparecido.

IV.- “Tepito, cabrón y frágil a la vez.”¹⁹

Existe otra teoría sobre el origen del nombre del barrio que decidí pasar por alto en las primeras páginas de este texto: se dice que un par de delincuentes estaban realizando un “trabajo” y, para no ser descubiertos por la policía, uno haría guardia y cuidaría que nadie se acercara mientras el otro ponía manos a la obra. En este relato ficcional, uno de los personajes establece el código de advertencia: “si viene alguien, te *pito*²⁰”. Decidí omitir este supuesto origen del nombre “Tepito”, por ser, a mi parecer, absurdo para poder nombrar a un barrio completo. Sin embargo, existe una parte que considero rescatable de la historia: la complicidad de ambos compinches.

Desde los medios de comunicación –e incluso algunos trabajos académicos – parece ser que lo que se busca de Tepito son excusas para marcarlo como un bastión de la delincuencia, la marginalidad, y la pobreza. En otros casos, se busca utilizarlo como referente de la cultura popular mexicana con estereotipos como los del *ñero*, el *teporocho*, o la alburera, para explotar el morbo que genera esta forma de vida en la gente externa. Para los antropólogos, el barrio es fuente inagotable para estudiar la producción de cultura, las dinámicas urbanas, las representaciones locales de los procesos globales, y un largo etcétera. Para los tepiteños, sin embargo, parece que lo importante es tener trabajo, mantener su territorio, y conservar los espacios de complicidad. Así como en el relato de los colegas que “se pitan”, existen pequeños gestos de confianza, intimidad, y complicidad que parecen ser conocido sólo por los tepiteños.

¹⁹ Frase atribuida a Daniel Manrique.

²⁰ “Pitar” es sinónimo de “silbar”.

Estos se ven reflejados, a una escala mayor, en espacios como las fiestas patronales o los martes de baile, en donde, entre todos y sin intervención externa, se llega a una comunión intemporal en donde vemos emerger sus motivaciones e intereses culturales.

En los capítulos anteriores, la etnografía nos permite entrever la coexistencia de prácticas del México tradicional, como la celebración de fiestas patronales o posadas, en un contexto marcado por el comercio exhaustivo en el que cada rincón de la calle tiene un valor monetario. El movimiento diurno del tianguis, junto con la variedad de mercancías que se ofrecen (así como el origen de las mismas), desentonan con la convivencia nocturna de los vecinos del barrio. La interpretación de estos contrastes, nos ayuda a entender las motivaciones de los tepiteños –así como la manera de configurar sus espacios. En este sentido, la familia, el trabajo, y el respeto son, a grandes rasgos los pilares que alcanzo a ver, según mi etnografía, como principales estímulos de los tepiteños. Bajo estos parámetros podríamos dilucidar el hecho de que las vecindades conformaran una unidad que concentraba grupo doméstico, taller, y comercio (trato con el cliente), situación que después se vería modificada (especialmente después de los sismos de 1985) y comenzaría a ocupar las calles. Por otro lado, ya sea por medio de la cultura, el deporte e, incluso, actividades delictivas, ganarse el respeto de la comunidad es importante. Cuando se dice que alguien “la supo hacer”, es porque se interpreta que tuvo la capacidad de utilizar sus habilidades personales para salir adelante. De esta manera, el valor, la disciplina, la constancia, y la dedicación son ampliamente valoradas por los tepiteños, en una palabra, “rifarse”.

El crecimiento desordenado de la ciudad, promovido por el avance capitalista en la misma, ha envuelto al barrio de Tepito en una serie de modificaciones físicas que van

desde la configuración de la vivienda hasta las vías de comunicación. “Nos han dividido en ejes, en colonias, y en delegaciones, pero aquí seguimos, trabajando juntos”, mencionó el maestro David (ebanista contemporáneo de Don Lucio) en una exhibición artística. A pesar de todo, la permanencia del Tepito *profundo*, como se sugiere en el segundo capítulo, parece evidenciarse en las celebraciones comunitarias, como lo son, las fiestas patronales. Aunque durante este trabajo no logré encontrar testimonios que confirmaran la existencia un grupo de delegados de la comunidad encargados de organizar la fiesta (como las mayordomías en los pueblos del altiplano mexicano), esto no significa que los tepiteños estén ajenos a lo que sucede con el festejo de San Francisco de Asís, o lo que pasa con el templo. Por el contrario, cuando se presenta alguna contingencia, la capacidad de reacción del barrio, como unidad, es algo para destacar. Como lo hemos plasmado en el segundo capítulo, la “respuesta” de los vecinos del barrio llega a sorprender al párroco de la iglesia al punto de llegar a afirmar que “en Tepito todo es posible”.

Sin embargo, en el tercer capítulo de este trabajo, nos encontramos con otra de las (¿aparentes?) contradicciones de Tepito, pues si bien la inseguridad, la basura, y la drogadicción son problemas graves que afronta la comunidad, no existe una movilización suficientemente articulada como para revertir el panorama del barrio a mediano –y menos a corto –plazo. Según los datos planteados en la tercera sección de este documento, el crecimiento desbordante del comercio en las calles de Tepito ha pasado de ser una fuente de prosperidad y riqueza para los que se dedican a esta actividad, y a ser el detonante de una serie de situaciones negativas para los habitantes del barrio.

En este punto podemos encontrar otra paradoja, pues por un lado encontramos testimonios y actitudes que apuntan a defender el territorio del barrio, pero por otro lado está el discurso que apoya salir de esa “zona antihigiénica”. Las estrategias para lograr “escapar” de Tepito han tomado varias formas: el deporte, la fayuca y, podríamos incluir en estos momentos, al mercado negro y al narcotráfico. Bajo este contexto, es destacable que personajes como Don Lucio no busquen escapar, sino rescatar aspectos del antiguo barrio para generar nuevos panoramas. Con este objetivo en mente, él y otros líderes culturales, buscan formas alternativas de formación para que los jóvenes amplíen su perspectiva y no sólo busquen el dinero rápido sin tener la preparación para utilizarlo de la forma más provechosa.

El otro Tepito del que hemos hablado en esta investigación, es uno que, como dice Don Lucio, “está ahí, pero no se alcanza a ver”. Me parece que es difícil verlo porque está detrás de la marginación, de la historia, de la nota roja, y de la *exotización*. Estudiarlo desde su intimidad, como hemos tratado de hacerlo, exige librarse de etnocentrismos y prejuicios, situación que, si se logra, enriquece, al investigador, al ámbito académico, y, a Tepito mismo.

En cuanto a futuras investigaciones, en lo particular, me parece conveniente el seguimiento de las fiestas patronales en el barrio, pues los datos provenientes de estos festejos nos pueden indicar más sobre la generación de comunidad en un barrio tan urbano como lo es Tepito. De igual forma es una veta de conocimiento para la investigación antropológica, y las demás disciplinas sociales, el análisis de los impactos que tiene la actividad comercial en las partes más centrales del barrio. Estudiar estas repercusiones es importante no sólo desde el ámbito académico, pero también para la

formación de ciudadanía y, desde la comunidad, de políticas públicas.

La frase atribuida a Manrique, “Tepito, cabrón y frágil a la vez”, es tan enigmática como reveladora. El contraste que existe entre el Tepito elaborado desde el discurso y el *otro* Tepito, construido por sus habitantes, es una invitación a acercarse al barrio y ver más allá. El territorio tepiteño es una arena en la que las contradicciones parecen evidenciar una parte del contexto en que vivimos, en el cual no se siguen las lógicas de la modernización que dictan la desaparición de lo tradicional en pos de la globalización. En el barrio, lo local, es decir, lo cotidiano, permanece *a pesar* de las tendencias globales.

El barrio de Tepito es, de tal forma, un lugar en el que, caminando unos minutos, se puede ir de un templo dedicado a la Santísima Concepción a otro dedicado a la Santa Muerte. Es barrio antiguo a la vez que novedoso, rico al mismo tiempo que pobre, estrambótico y solemne. Dicotomías y ambivalencias que encuentran sentido sólo si se comprenden desde lo tepiteño.

Referencias bibliográficas

Aghabeik, Lili y van Nes, Akkelies (2015), *Ethnic groups and spatial behaviour in Rotterdam's neighbourhoods*, Proceedings of the 10th International Space Syntax Symposium, disponible en: http://www.sss10.bartlett.ucl.ac.uk/wp-content/uploads/2015/07/SSS10_Proceedings_102.pdf. Consultado el 10 de abril de 2016.

Alba Villalever, Carlos Eduardo (2009), *Piratería: la economía política en Tepito*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, tesis para obtener el grado de licenciado en Historia.

Amezcu Constandce, Nayeli (2010), *Actitudes ante la muerte en México. El culto a la Santa Muerte en el barrio de Tepito*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, tesis para obtener el grado de licenciado en Historia.

Aréchiga Córdoba, Ernesto (2003), *Tepito: del antiguo barrio de indios al arrabal. 1868-1929, historia de una urbanización inacabada*, México: Ediciones Uníos.

Arregui, Edmundo, et al. (1982) *Plan de mejoramiento urbano para el barrio de Tepito. Equipamiento, medio ambiente e imagen urbana*, México, UNAM, Facultad de Arquitectura-Autogobierno, tesis de licenciatura.

Ávila Delgado, Noelia (2009), *La construcción de la identidad a través de la música: el caso de la salsa en el barrio de Tepito*, México: UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, tesis de licenciatura.

Barlow, R. H. (1947), "Las ocho ermitas de Santiago Tlatelolco" en *Tlatelolco a través de*

los tiempos, IX, Academia Mexicana de la Historia, México, pp. 62-67.

Caldeira, Teresa P. R. (2007 [2000]), *Ciudad de muros*, Barcelona, Gedisa.

Cameo, León, (1984) *El concepto de movimientos sociales urbanos. Tepito como estudio de caso*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, tesis de licenciatura.

Caso, Amado (1978), "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco" en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo 15, no. 1, enero-marzo 1956, pp. 7-63.

Davis E., Diane (1999), *El leviatán urbano. La Ciudad de México en el siglo XX*, México: FCE.

Escareño Sánchez, Marco A. (2013), *Historia del barrio de Tepito: desde la fundación de Tlatelolco en 1337 a la gran inundación de 1555*, México, UNAM, tesis para obtener el grado de licenciado en Historia.

Flores y Escalante, Jesús (1994), *Morralla del caló mexicano*, Asociación Mexicana de Estudios Fonográficos; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Culturas Populares, México.

Folgarait, Leonard (1986), "Murals and marginality in Mexico City: the case of Tepito Arte Acá" en *Art History*, Volumen 9, pp. 55-72.

Galicia, Robert (2014), Artículo sobre Santa Ana Atinantitech, 11 de diciembre de 2014, en "La Tranza Tepito", disponible en: <https://www.facebook.com/LaTranzaAvanza/posts/751172838295192>. Consultado el 10 de febrero de 2016.

Grisales Ramírez, Natalia (2003), *Barrio y barrialidad en la Ciudad de México: el caso de Tepito*, Tesis de maestría en Antropología, México: Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

Gutiérrez González, Noé (1988), *Qué trabajos pasa Carlos: La construcción interactiva del albur en Tepito*.

Harvey, David (2013), *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid, Akal.

Holston, James (2008), *Insurgent Citizenship: Disjunctions of Democracy and Modernity in Brazil*, Princeton: Princeton University Press.

Horcasitas, Fernando (1971), "El código de Santa Ana Tequixquipan" en *Anales de Antropología*, vol. 8, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, pp. 151-165. Disponible en: http://www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia/article/view/22555/pdf_504. Consultado el 10 de febrero de 2016.

Jarquín Sánchez, María Elena (1994), *La producción de calzado en Tepito*, México: UNAM.

Kristensen, Regnar (2010), *Postponing Death: Saints and Security in Mexico City*, Københavns Universitet. Institut for Antropologi.

Leal, Alejandra (2011), "Deseo de ciudad, espacio público y fronteras sociales en el Centro Histórico de la Ciudad de México" (Décima cuarta sesión, jueves 17 de marzo de 2011) en *Seminario Permanente "Centro Histórico de la Ciudad de México"* vol. 2, México: UNAM, pp. 51-64.

Lewis, Oscar (1959), "La cultura de la vecindad en México" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 3, núm. 17, México, julio-septiembre 1959, pp. 359-364.

_____ (1971), *Tepoztlán. Una villa mexicana*, Joaquín Mortiz, México.

_____ (1975), *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, México: FCE.

_____ ([1961] 2012), *Los hijos de Sánchez / Una muerte en la familia Sánchez*, México: FCE.

Lomnitz, Adler Larissa (1989), *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.

Magazine, Roger (2015), *El pueblo es como una rueda: hacia un replanteamiento de los cargos, la familia y la etnicidad en el altiplano de México*, trad. Fausto Trejo, México, Universidad Iberoamericana.

Marroquí, José María (1900), *La ciudad de México*, México: Tip. y Lit. "La Europea" de I. Aguilar Vera y Cía.

Miraftab, Faranak (2014), *Cities and Inequalities in a Transnational World*, New York: Routledge.

_____, Beard, V. & Solver, C. (eds.) (2008), *Planning and Decentralization: Contested Spaces for Public Action in the Global South*, New York: Routledge.

Murrieta, Mayo y María Eugenia Graf (1988), *¿En dónde quedaron mis recuerdos? La vecindad en Tepito*, México, Centro de Estudios Tepiteños, Asociación de Comerciantes Establecidos del Barrio de Tepito.

Ornelas, Candy, y Rodríguez, Clara (2014), *Inventario del Archivo de la Parroquia San Francisco de Asís, Tepito*, México, ADABI de México.

Ramírez Kuri, Patricia (2013) (Coord.), *Las disputas por la ciudad. Espacio social y espacio público en contextos urbanos de Latinoamérica y de Europa*, México: IIS-UNAM/Editorial Porrúa.

Redfield, Robert (1947), “La sociedad folk”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Año IV, Vol. IV, Núm. 4, UNAM, México.

Reyes Domínguez, Guadalupe y Rosas Mantecón, Ana (1993), *Los Usos de la identidad barrial: una mirada antropológica a la lucha por la vivienda: Tepito, 1970-1984*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

_____ (1984), *Vivienda y organización popular en Tepito*, México, UAM-I.

Ríos, Mónica (2004), *De lo marginal a lo subversivo: la función del imaginario en la reconstrucción literaria de la identidad cultural tepiteña*, México, UAM-I, tesis para obtener el grado de licenciado en letras hispánicas.

Robelo, Cecilio Agustín (1888), *Vocabulario comparativo castellano y náhuatl*, México, Lucio G. Miranda (impr.).

Robichaux, David (2005) “Identidades cambiantes: ‘indios’ y ‘mestizos’ en el suroeste de Tlaxcala”, en *Relaciones*, Núm. 104, Otoño 2005, Vol. XXVI, México, El Colegio de Michoacán.

Romero, Héctor Manuel (1990), *Del tianguis a la modernización de co-abasto*, México, DDF.

Rosales Ayala, Silvano Héctor (1987), *Participación popular y reconstrucción urbana (Tepito 1985-1987)*, México, UNAM-Centro regional de investigaciones multidisciplinares.

_____ (1991), *Tepito ¿Barrio vivo?*, México, UNAM.

Sánchez Salas, Gabriela (2006), *La construcción periodística de la realidad de Tepito. Análisis de los contenidos de las noticias y los editoriales sobre los operativos de seguridad en Tepito en los periódicos Excelsior y La Jornada*, tesis de maestría en comunicación, UNAM.

Sabatini, Francisco (2003), *La segregación social en el espacio de las ciudades de América Latina*, Depto. De Desarrollo Sostenible – BID, Washington D.C.

_____, Cáceres G. & Rasse, A. (2013), “Bifurcaciones de senderos: entre la segregación que ‘guetiza’ los barrios populares y la gentrificación que ayuda a su ‘moyenización’.”, en F. Sabatini, et al. *Segregación de la vivienda social: ocho conjuntos en Snatiago, Concepción y Talca*, Chile, Colección Estudios Urbanos UC, pp. 218-242).

Sassen, Saskia (2015), *¿Quiénes son los dueños de las ciudades?*, en Revista Eñe, 21 de julio de 2015, disponible en http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/duenos-ciudades-urbanismo_0_1396060392.html. Consultado el 15 de abril de 2016.

Simmel, Georg (2005), “La metrópolis y la vida mental” en *Bifurcaciones*, número 4, primavera 2005, Chile.

Vázquez, Eduardo (2003), *El Lado Oscuro de Tepito... su cultura Vol. 2*, México: Conaculta,

Waldman, Gilda (1998), "Reflexiones en torno a una realidad casi inexistente: la literatura sobre la ciudad de México en la década de los noventa", en *Acta sociológica*, núm. 22, enero-abril de 1998, México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.

Diarios:

El Universal

Luna, Francisco, (7 de septiembre de 2013), "Asfixia a templo el intransitable entorno de Tepito", *Sistema informativo de la arquidiócesis de México*, disponible en: <http://www.siame.mx/apps/info/p/?a=10768&z=2>. Consultado el 30 de marzo de 2016.

"Reportaje: Una iglesia secuestrada por el comercio" (15 de noviembre de 2011), *La Policiaca*, disponible en: <http://www.lapoliciaca.com/nota-roja/reportaje-una-iglesia-secuestrada-por-el-comercio/>. Consultado el 20 de abril de 2016.

Material Audiovisual:

Díaz, Daniel (2014), *Archivo VICE: Las Gardenias de Tepito*, México, Vice.